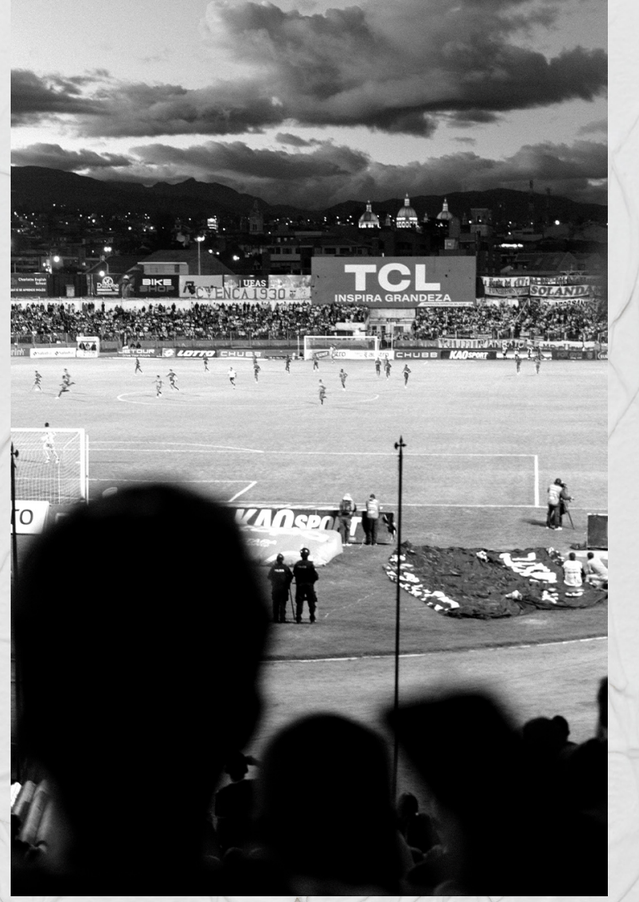
ISSN 3028 - 8509 No.9/JUL - 2026

MUNDANA
REVISTA DE FILOSOFÍA

La pelota no se mancha:
Filosofía y Fútbol

Entrevista:
Esteban Michelena

Selección fotográfica
Kevin Andrés Carlderón



Esta revista está bajo una licencia de autor de Creative Commons de Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

Revista de Filosofía Mundana

No.9 ***La pelota no se mancha: Filosofía y Fútbol***

JULIO 2026

Revista de divulgación filosófica
no académica
Cuenca – Ecuador

ISSN: 3028-8509
Revista Mundana

Colectivo Mundana

Consejo editorial
Diego Vintimilla Jarrín
Verónica Neira Ruiz
Antonio Fernández Parra
Eduarda Abad Mendiueta
Diego Jadán-Heredia
Gabriela López Márquez
Anahí Sánchez Jara
Carla Ramos Pesántez

Edición y corrección de estilo
Verónica Neira Ruiz

Diseño editorial
Antonio Fernández Parra

Fotografía
Kevin Andrés Carderón
(2;93;112;136-137;158)

Comunicación
Martín Vasco Vinueza

ISSN 3028 - 8509 No.9/JUL - 2026

MUNDANA
REVISTA DE FILOSOFÍA

La pelota no se mancha:
Filosofía y Fútbol

Entrevista:
Esteban Michelena

Selección fotográfica
Kevin Andrés Carlderón

CONTENIDOS

EDITORIAL 6

DOSSIER 10

El fútbol, la poética y el barrio
María Elena Cruz-Artieda

El fútbol y las manos turbias
Felipe Aguilar Aguilar

Hacia una Historia Cultural y Social del Fútbol: Impacto político, económico y mediático del deporte Rey
Jhon Piedrahita

Cuando el simulacro precede a la realidad: videojuegos y transformación de la experiencia deportiva
Juan Fernando Bermeo Palacios

CONFESIONES FUTBOLERAS DE UN (ANTI)INTELECTUAL
David Antolínez Uribe

COLUMNAS 70

Ontologías del Potrero: El Jogo Bonito como sutura de la herida colonial desde América Latina
Carlos Quizhpe-Parra

Esclavos y dioses. Reificación, reconocimiento y fútbol
Christian Javier Duarte Parra

Es puro juego, que es igual a pura vida, que es igual a puro fuego
Pablo Maldonado

Más que un club, menos que una nación
Kevin Rodríguez Zamora

Qué falta nos hace el 10
Paulo Freire

Toco y me voy… del barrio
José Martínez

Cuerpos en arcos de piedra: El fútbol como acto de resistencia y resiliencia
Daniel Montalván Delgado

De la pasión al sacrificio: el fútbol como religión civil en Autogol de Ricardo Silva Romero
J. Barish

ENTREVISTA 136

Esteban Michelena **por Diego Jadán-Heredia**

EDITORIAL
ARGENTINA
ANTARETICA
le coq sportif
AFA

Hay temas que la filosofía ha considerado durante siglos dignos de su atención y otros que, por demasiado cotidianos, parecían escapar a ella. El fútbol pertenece a esta segunda categoría; quizá porque su protagonista es el cuerpo y la acción o porque su práctica no es individual o por su raigambre popular. Y, sin embargo, precisamente allí reside su interés filosófico: pocas experiencias contemporáneas condensan con tanta intensidad preguntas sobre la comunidad, la identidad, la memoria, el tiempo, la belleza, el poder y el mercado.

Una bellísima metáfora del poeta Antonio del Toro recordada por Juan Villoro, el escritor mexicano que -suele decirse- lo descongelan cada cuatro años para que piense el fútbol y traduzca difíciles reflexiones en accesibles aforismos, se refiere a la felicidad que produce este juego: «el fútbol es la venganza del pie sobre la mano». La acción transformadora del hombre que caracteriza el espíritu de la modernidad se simboliza en dos órganos: el ojo como símbolo de contemplación intelectual y la mano como instrumento de trabajo. Una transformación del mundo que transforma al propio ser humano en instrumento de productividad; así, el juego con los pies es la reivindicación de la parte cancelada de la civilización que, jugando, encuentra una forma de liberarse.

El *homo ludens* de Huizinga lo explica de otro modo, el juego -y el fútbol lo es, aunque a esta altura parezca que no- es la condición de posibilidad de la cultura. Jugar no constituye un descanso de la vida seria, es una de las formas más profundas mediante las cuales los seres humanos construyen rituales, establecen reglas y ensayan maneras de habitar el mundo. Antes que *homo sapiens* somos entes que jugamos; quizá por ello el fútbol desborda permanentemente el estadio: ocupa el barrio, la conversación cotidiana, la infancia y la imaginación colectiva, y, por lo mismo, es objeto de apropiaciones, de intereses económicos y de tecnologías que buscan convertir la experiencia en mercancía. Bolívar Echeverría recordaba que el capitalismo intenta cooptar todas las dimensiones de la vida; sin embargo, en el juego persiste una posibilidad distinta: la de una práctica cuyo sentido no se agota en la productividad ni en el intercambio mercantil. Incluso cuando el espectáculo global parece absorberlo todo, sigue sobreviviendo algo irreductible en el partido improvisado de un barrio, en la conversación posterior al encuentro, en el gesto creativo que ninguna estadística consigue explicar. El juego nos recuerda que toda regla es una creación y, por lo tanto, es resistencia.

Cuando pensamos en fútbol, como dijera Critchley, pensamos mucho más que en un deporte, pensamos en pertenencias, rivalidades, derrotas, esperanzas, injusticias, belleza, azar y destino. Los textos reunidos en este número parten de esa convicción. No buscan ofrecer una teoría del fútbol, sino abrir múltiples caminos para pensarlo desde la filosofía y las ciencias humanas. El lector encontrará reflexiones sobre el juego y el espectáculo, la política y la memoria, la técnica y la tecnología, el cuerpo y la ciudad, la estética y la identidad, mostrando que el fútbol constituye un laboratorio privilegiado para comprender muchas de las tensiones de la vida contemporánea.

Colectivo Mundana

DOSSIER

El fútbol, la poética y el barrio

Maria Elena Cruz-Artieda

El fútbol es un motivo vital vinculado simbólicamente con la sangre, así la pelota, el balón -su instrumento motor- cuando está en acción transporta el fluido por las venas hasta hacer sentir, a quienes están involucrados en el juego (sea como jugadores o como espectadores), la intensidad de los latidos del corazón.

La poética está ligada a la ensoñación que no es sino aquello que nos permite experimentar mundos paralelos a la realidad cotidiana: fugarse de la rutina es parte de la experiencia estética y poética. Un juego de fútbol puede, a través del balón, lanzarnos hacia una vida plena (Bachelard, 1997) y vivir la intensidad de lo que dura un partido de fútbol: un instante.

El barrio como el espacio donde vibra la resonancia siempre presente en un adulto: la infancia. Cada niña y niño que crece tiene que aprender reglas sociales y el fútbol es parte de ese aprendizaje, a veces se gana, pero también se pierde. A partir de esta lección de vida, cada persona que juega aprehende a respetar la dignidad del otro porque cada jugada en el fútbol tiene consecuencias. Los asedios del mercado, en sus formas lícitas e ilícitas, intentan cercar la experiencia estética y poética del fútbol para convertirla en un asunto de mercado.

El fútbol como ritual, juego, deporte y espectáculo

El ser humano, de acuerdo con J. Huizinga, además de ser *homo sapiens* u *homo faber* es también *homo ludens* (Huizinga, 2020). Por tanto, el desarrollo de las civilizaciones está vinculado con el humano en tanto ser pensante, productor y jugador. El juego, de este modo, es una actividad fundamental que genera simbolismos y ritualidades que no solo crea sentido de pertenencia de comunidad

1 Esta sección usa como recurso vídeos y documentales que se declaran en la bibliografía; mas, no se distingue dentro del texto las referencias particularmente, pues, es un escrito a manera de síntesis.

El fútbol es un motivo vital vinculado simbólicamente con la sangre, así la pelota, el balón -su instrumento motor- cuando está en acción transporta el fluido por las venas hasta hacer sentir, a quienes están involucrados en el juego (sea como jugadores o como espectadores), la intensidad de los latidos del corazón.

sino también crea orden y exige respeto a las reglas de convivencia. Siguiendo a Huizinga (2020), el juego estructura la vida social.

El fútbol o el juego con una pelota es en primer lugar un juego que con el transitar de miles de años se ha convertido en un fenómeno social y cultural que probablemente se lo practica desde la antigüedad por distintas civilizaciones, por supuesto, de modos diferentes dependiendo de la finalidad del ritual que acompaña a un objeto redondo o semi redondo con el movimiento corporal que demanda cada jugada. Así, por ejemplo, en la civilización Maya (1400 AC aproximadamente) se practicó un juego llamado Pok-ta-pok cuya significación social no implicaba simplemente una diversión, sino y sobre todo una evocación de la lucha cósmica entre la luz y la oscuridad, siendo la cancha el universo y la pelota el sol con un intermediario entre la claridad y lo difuso de las sombras: los jugadores.

En China (siglo III AC aproximadamente en la dinastía Han) se practicó algo similar a lo que hoy conocemos como fútbol que consistía en ejecutar una serie de ejercicios militares. El Tsúh Kún -nombre chino del fútbol primitivo- se jugaba con una pelota de cuero rellena de plumas y pelos.

En Japón, el Kemari fue una práctica ceremonial reservada a la clase aristocrática, el balón debe pasarse de jugador a jugador por el aire, no se usan las manos y la pelota no debe tocar el suelo. La civilización romana desarrolló el Harpastum, cuya característica principal fue imprimir violencia entre los jugadores. Este modo de jugar sirvió como antecedente para organizar los juegos combativos entre celtas y romanos.

En la Edad Media, durante el carnaval se practicó el juego con una pelota de cuero al estilo de los romanos donde la fuerza excesiva provocaba disturbios que terminaban en situaciones sanguinarias. En los albores de la Modernidad se popularizó el Calcio Storico Fiorentino (Italia, siglo XVI), Actualmente, se rememora este juego con tres partidos al año en la Piazza Santa Croce de Florencia durante la tercera semana de junio. (Canal: Historia del Deporte. (2021) ¿Cómo se inventó el fútbol? [Video]. Youtube URL)

En Europa, el juego del fútbol fue expandiéndose a través de la reproducción del imaginario de los combates y en los momentos de guerras posiblemente se llegaron a usar cabezas humanas como pelotas, por ejemplo, en las batallas entre celtas y romanos. El juego ocurre separado de la vida rutinaria, su tiempo y espacio son extraordinarios, por eso se juega en los carnavales o en las batallas. El juego, por tanto, motiva comportamientos individuales en relación directa al fortalecimiento de la comunidad.

- ¿Cuándo el juego con la pelota se convierte en un deporte? -

El juego y el deporte están estrechamente unidos; sin embargo, los rituales del deporte probablemente son mucho más sólidos y se van consolidando en el tiempo. De este modo, el deporte del fútbol moderno implica la construcción de una estructura que marca sentido de identidad a través de los uniformes, himnos, barras.

El fútbol moderno data del siglo XIX y sus reglas y códigos se han ido constituyendo aproximadamente desde 1848, año en que en la Universidad de Cambridge se redactó un primer reglamento cuya finalidad fue intentar erradicar la violencia excesiva en las disputas entre equipos. Así, en 1863-64 se redactaron las normas definitivas del fútbol moderno, y con ello nació formalmente "el deporte del fútbol".

Durante el siglo XX, el deporte del fútbol adquiere dimensiones ligadas no solo al juego, sino también a la política y a la economía. De la relación del fútbol con la política se ubican hechos que han quedado plasmados en la historia, tal como el mundial de Argentina 78 donde el gobierno de la dictadura militar fue actor principal para que la selección albiceleste gane su primera copa mundial.

En la simbiosis del fútbol con la economía se destaca la creación de la FIFA y de las diferentes ligas a nivel mundial que terminan siendo medios para buscar dinero por medio de la venta de los símbolos de los equipos que cobran forma en uniformes, banderas, marcas y apuestas, entre otros.

Hay también narraciones en las que un partido de fútbol queda en la memoria como leyenda de gigantes, ejemplo de eso sucedió en el mundial de Brasil de 1950 donde Uruguay logró el título mundial nada más y nada menos en un combate contra el anfitrión de aquel mundial, lo que dio lugar al famoso "Maracanazo" como uno de los episodios más conocidos en el deporte del fútbol.

De este modo, el fútbol es un juego y un deporte cargado de reglas, códigos y ritualidades que día a día se recrean en casi todos los lugares del planeta y confieren identidad y cohesión social (Huizinga, 2020).

Consecuentemente, la relación del cuerpo con una pelota o con un balón se ha ido constituyendo como un fenómeno cultural que rebasa fronteras y que genera además de emociones y ensueños, dinero. El fútbol como espectáculo es una mercancía que vende miles de millones de dólares diarios a lo largo y ancho del planeta.

La maquinaria del entretenimiento que el sistema capitalista contemporáneo pone diariamente en movimiento implica que "todo lo que antes era vivido directamente se ha alejado en una representación" (Debord, 2015, p. 37). De este modo, siguiendo a Debord (2015), la experiencia no se vive de manera auténtica sino a través de representaciones que en el fútbol se hacen evidentes en la publicidad que hace del fútbol un mero objeto de consumo, una imagen que se vehiculiza por las pantallas tecnológicas informáticas para causar distracción y conformismo en el consumo. Esta maquinaria seduce con marcas de ropa y zapatos deportivos, bebidas, juegos de video, apuestas que se venden por medio de los héroes del momento, los futbolistas.

Sin embargo, y pese a la fuerza de la maquinaria del entretenimiento ligado a los deportes y particularmente al fútbol, aún los seres humanos jugamos y buscamos en el juego la experiencia de la libertad. Por esto, es importante situar al juego y al deporte del fútbol en una dimensión paralela a la del espectáculo de la mercancía y ubicarlo en la dimensión profunda de la imaginación y de las emociones.

La poética de lo redondo: el balón del fútbol y la imaginación

La imaginación es la posibilidad de fuga de la rutina, quien imagina sueña y ensueña (Bachelard, 1997) y logra ubicarse en realidades paralelas. La rutina es geométrica y su punto de partida pone de manifiesto a la línea que organiza una dimensión plana que da certidumbre del recorrido. Para este tipo de geometría, la forma redonda es siempre un misterio que escapa a la racionalidad de las figuras geométricas.

La forma, de acuerdo con la filosofía medieval, es "la figura y algo más" (Jaques Pi, 2003) ¿Qué es ese algo más que ha desafiado a las mentes artísticas y científicas más brillantes en el terreno del pensamiento? Quizá ese "algo más" propio de lo que no se deja atrapar en una figura, es lo que permite al ser humano acercarse al acto de imaginar que libera los límites y le permite al espíritu humano volar y ensoñar hacia dimensiones diferentes.

La pelota y/o el balón de fútbol es esférico, contiene en sí mismo el desafío que motiva la forma redonda en relación con las figuras lineales. El espacio que se recorre con el balón es, para quien vive el fútbol con intensidad, un momento de plenitud donde el gozo emerge en risas, llantos y gritos.

La redondez del balón de fútbol evoca la condición de la experiencia emocional y existencial que emana de aquello que busca unidad en lo profundo del viaje de la imaginación. (Bachelard, 2000). Las imágenes profundas se asocian con las "ganas de vivir" (Bachelard, 1985, p. 23) y con el deseo de armonizar los principios vitales delo femenino y de lo masculino, de la infancia y de la adultez, de lo horizontal y de lo vertical, de lo ondulado y de lo lineal para que emerja una forma andrógina que despierta el secreto de la intimidad como una reconciliación interior.

Así, siguiendo a Bachelard (2000), "lo redondo no es simplemente un dato geométrico. Lo redondo va más allá de toda evidencia geométrica" (p. XX) y pone al ser humano en comunión con lo infinito que, en el fútbol, hace patente un universo cargado de simbolismos de certezas (táctica y estrategia del equipo) y la emergencia del azar (jugadas individuales).

La identidad y la singularidad, la hinchada y el barrio

En la lingüística y en la semiótica se manejan tropos del lenguaje[2] que son aquellos instrumentos que en la relación comunicacional provocan imágenes que sustituyen la linealidad (en la estructura) para dar lugar a un rodeo. De este modo, el mensaje que emite un emisor no es directo, sino que apela a una ondulación o curvatura que lleva a que quien recepta el mensaje se esfuerce y ponga en acción el pensamiento profundo.

En el fútbol, sea como hincha o como jugador, el ser humano deja de estar dividido para ser parte de una unidad más amplia que demarca colores, cánticos, jugadas con estrategia de equipo, pero al mismo tiempo el balón y el azar que significa cada salto de este en la cancha (sea del parque o del pavimento de la calle o de la cancha de la escuela o del estadio) hace que irrumpa la singularidad de la técnica de cada jugador.

En la hinchada, las ganas de vivir se metamorfosean en ganas de atacar, de morder donde el grito es la ebriedad inmediata que arde no en imágenes sino en impulsos (Bachelard, 1985). La hinchada vive el movimiento del balón desde la imaginación activa que provoca una alegría explosiva que en un instante conecta la

2 Por ejemplo: la metáfora, metonimia, parábola, sinécdoque, hipérbole.

pluralidad de actos que implica la estrategia del equipo en un deseo de lograr el acto vigoroso por excelencia que da sentido al fútbol: ¡el gol! El gol es una aceleración vital (Bachelard, 1985) en la que su expresión -el grito- no es sino la descarga del impulso puro donde el jugador y la hinchada rebasan las fronteras biológicas y sienten reinar la infinidad de dimensiones en las que la emoción del impulso libre evoca el acto creador.

El fútbol tiene relación con el barrio, pues, ambos rememoran el universo de lo íntimo donde la imaginación se alimenta de dos fuerzas imaginantes (Bachelard, 1978): la imaginación formal y la imaginación material. En el fútbol estas dos fuerzas cooperan y recrean la sensación del vuelo en las jugadas que estrechan al humano jugador con la cancha (imaginación formal de un campo de batalla) y el balón (imaginación material de una pluma que fluye en el aire y reposa en movimiento sobre el césped o la tierra).

De esa cooperación entre lo formal y lo material se despliega una sinfonía que no es sino un anhelo de unidad, de completud. El balón de fútbol es así un símbolo de totalidad cuya forma andrógina eleva al espíritu humano hacia la condición de deidad. El fútbol inmortaliza a quienes son sus dioses: los jugadores, los clubes o equipos que trascienden el tiempo y el espacio del ahora y del aquí y existen a manera de leyenda en el imaginario colectivo.

De este modo, el fútbol es también memoria, un marcador emocional del tiempo (Morales, 1998) en el que el barrio y los vínculos de amistad que habitan en el recuerdo ponen en acción a la infancia en la que el juego es esencial para construir vínculos humanos y existenciales que probablemente durarán toda la vida e incluso trascienden a la propia muerte.

El fútbol también genera rivalidades, por tanto, es la recreación de las batallas: un barrio se fortalece por la rivalidad con otro barrio; un colegio cobra más fuerza cuando triunfa en un campeonato de fútbol intercolegial; un equipo de fútbol se transforma en leyenda por las copas alcanzadas en su historia.

En las canchas de fútbol o tan solo en la calle, se improvisan partidos en los que no es fundamental la táctica de un entrenador sino la improvisación (Morales, 1998), el juego libre y la imaginación: "el juego bonito" como lo retrata Galeano (2010) en sus escritos sobre fútbol.

A modo de conclusión

El fútbol es juego, deporte y mercancía. Su historia es rica porque se lo practica desde hace miles de años por muchas culturas y civilizaciones. Es juego porque tiene reglas, es deporte porque implica competencia y es mercancía porque es espectáculo de entretenimiento y de consumo.

La pasión que despierta el movimiento del cuerpo humano y sobre todo la mecánica del pie con la pelota o balón hace ensoñar a millones de seres humanos que sienten al fútbol desde la emoción y la belleza. La cancha de fútbol es una muestra de definición, el balón puede desplazarse por todo el rectángulo que en sus esquinas construye la figura del córner; cada línea en la cancha marca una zona que divide el espacio en el centro -que es donde se marca el comienzo de un partido- en este empieza el juego y durante el tiempo que dure la contienda, solo eso existe tanto para quienes juegan como para quienes miran el partido. Luego está la zona de la tensión, donde la batalla implica táctica y estrategia para romper la barrera humana que impide que el balón ingrese a la zona medular que es el área, allí se ubica el arco que debe ser protegido por quienes juegan de defensas o penetrado por quienes hacen goles. El balón se mueve por el aire o por la tierra y es cerca del arco donde el gozo se vuelve disfrute o pesadilla.

Hay una regla muy particular que es el fuera de juego, el "offside" que no es sino una línea imaginaria que posiblemente es la metáfora de la tenue línea que separa lo finito de lo infinito. De acuerdo con García Bacca (1984), los seres humanos observamos o percibimos lo que nos rodea desde lo que aprendemos como definiciones; sin embargo, el "espectro" es tan amplio que jamás se lo puede definir completamente. El offside es,

por tanto, aquella línea que no se ve con facilidad pero que existe, siempre es la posibilidad de lo no-definido dentro de la cancha, pues, no está trazada con tiza o pintura. El desafío para los futbolistas es "romper la trampa del offside" y quedar frente a frente al arco que en sus redes espera cazar al más libre y poderoso de los personajes del fútbol: el balón y su acción que no es sino la muestra de la más pura belleza: el gol.

Referencias

Bachelard, G. (1978). El agua y los sueños. Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G. (1985). Lautréamont. Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G. (1997). La poética de la ensoñación. Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G. (2000). La poética del espacio. Fondo de Cultura Económica.

Debord, G. (2015). La sociedad del espectáculo (J. L. Pardo, Trad.; 2.ª ed. revisada). Pre-Textos.

Fellowes, J., Charles, T., & Cotton, O. (Creadores). (2020). The English Game [Serie de televisión]. Netflix.

Galeano, E. (2010). El fútbol a sol y sombra. Siglo XXI Editores.

García Bacca, J. D. (1985). Infinito, transfinito, finito. Anthropos.

Historia del Deporte. (2021). ¿Cómo se inventó el fútbol? [Video]. YouTube. URL

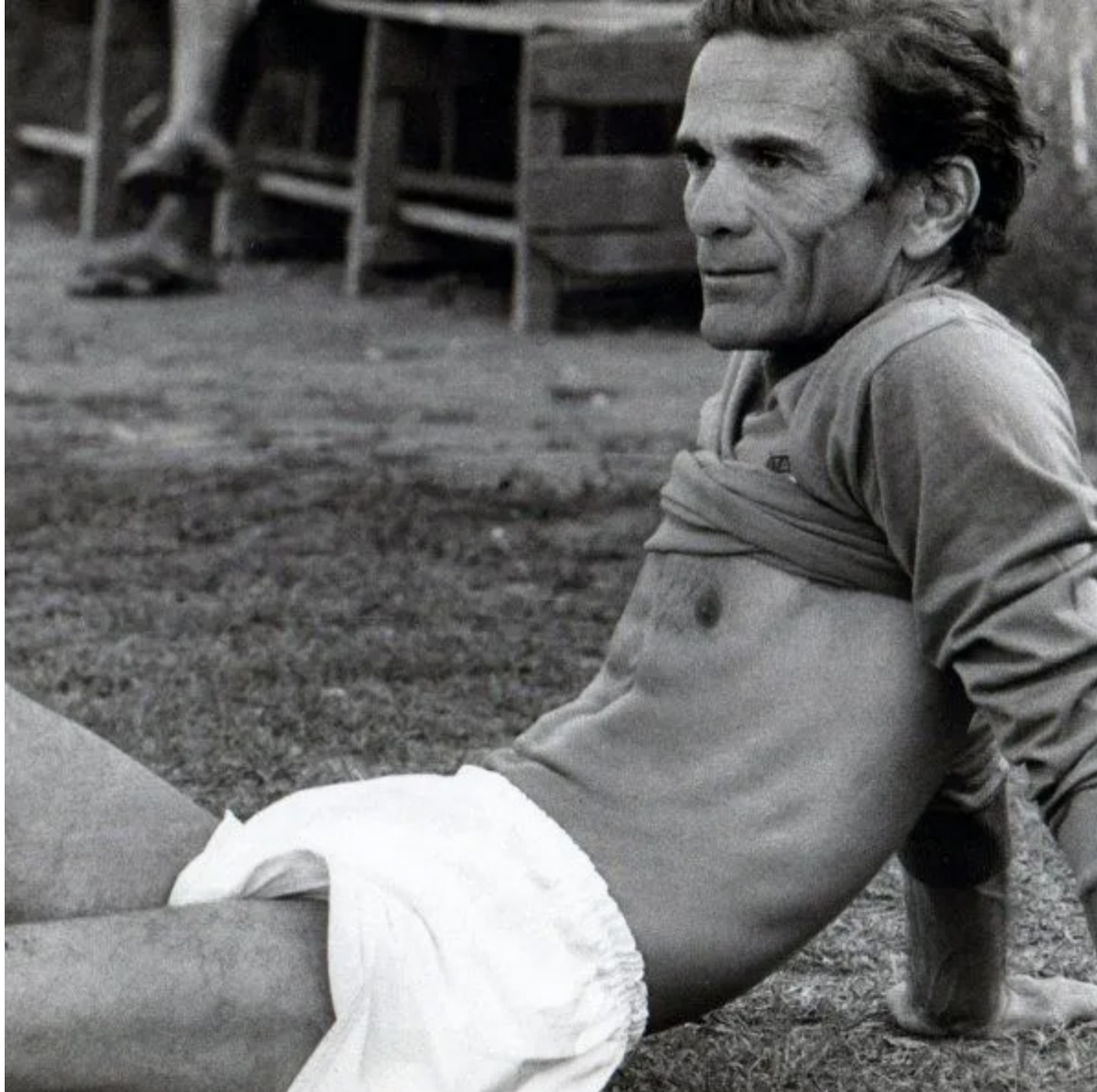
Huizinga, J. (2020). Homo ludens: El juego y la cultura. Alianza Editorial.

Instintos de Gol. (2023). La historia del fútbol en 10 minutos / ¿Dónde nació el fútbol? [Video]. YouTube. URL

Jaques Pi, J. (2003). La estética del románico y del gótico. A. Machado Libros.

Morales, J. C. (Comp.). (1998). Historia de pelotudos. Artrolabio Editores.

Widow Maker. (2013). Historia del fútbol [Serie documental]. YouTube.



El fútbol y las manos turbias

Felipe Aguilar Aguilar

Resulta extraño que la mano, símbolo e instrumento noble de la creatividad humana, sea también utilizada, en sentido figurado, como sinónimo de injusticia, prepotencia y corrupción. Por otra parte, sabemos que utilizar la mano en un deporte que se juega principalmente con la cabeza y los pies está totalmente prohibido.

Nos referimos entonces a las oscuras manos que se mueven tras el orgullo nacional y el auténtico fervor que aflora en torno a un campeonato del más hermoso y apasionante de los deportes, que de manera ilógica e irracional en Norteamérica se llama soccer, para diferenciarlo de "su football" que, incoherentemente, se practica con las manos. El peso, presencia y gravitación de los odios raciales, las pugnas ideológicas, los intereses políticos y económicos han sido contundentes y se han manifestado, sobre todo, en los campeonatos mundiales que, cada cuatro años, organiza la FIFA, desde 1930.

El 10 de junio de 1934, en el estadio Nacional Fascista de Roma, Checoslovaquia e Italia —el país anfitrión— jugaron la final del segundo campeonato mundial de fútbol. La víspera, Vittorio Pozzo, entrenador del equipo italiano, leyó un mensaje de temblor y pavor, conciso, inequívoco, tenebroso: "Vencer o morir". Lo firmaba un tal Benito Mussolini. El Duce sabía de la eficacia del fútbol como vehículo de propaganda y había planificado todo con hábil y prolija estrategia. Su mente tenebrosa y retorcida buscaba la consagración de su país como campeón mundial y lo consiguió violentando normas e irrespetando principios. Al final, los jugadores, más que una euforia triunfalista, sentían que habían salido de una pesadilla.

Luis Monti, volante central del equipo italiano, constituye un caso particular: cuatro años antes, en aquella ocasión como capitán de Argentina, había recibido amenazas y mensajes intimidatorios antes del partido final ante Uruguay, encuentro que Argentina perdió por 4 a 2. En definitiva, en

El peso, presencia y gravitación de los odios raciales, las pugnas ideológicas, los intereses políticos y económicos han sido contundentes y se han manifestado, sobre todo, en los campeonatos mundiales que, cada cuatro años, organiza la FIFA, desde 1930.

1930 perdió para no morir, en 1934 venció para seguir viviendo. En 1938 el fascismo volvió a utilizar al fútbol como vehículo idóneo para propagar su doctrina y su exacerbado nacionalismo al obtener su segundo campeonato mundial, pero ya asomaba el eje Roma-Berlín y soplaban los vientos de la gran guerra. Las fosas comunes, los cementerios y los campos de concentración desplazarían a las canchas de fútbol que reaparecieron en Brasil, 1950; y no deja de ser curioso que hoy, los hinchas del Lazio reciban a su equipo con el saludo fascista y haya debutado en primera división un bisnieto del dictador. En fin, tristes herencias de la historia.

En 1978, Argentina vivía una época crítica con un horizonte oscurecido y cargado de siniestros presagios. En estas dolorosas circunstancias se debía realizar el campeonato mundial número once. Para el gobierno militar presidido por el general Jorge Rafael Videla fue una tabla de salvación, había que presentar un país paradisiaco en el que todos los habitantes eran ricos, bondadosos y felices, había que matar la verdad, silenciar a las Madres de la Plaza de Mayo, "desaparecer a los desaparecidos", en suma, armonía total entre lo civil y el régimen militar.

Un organismo estatal organizó el evento. La AFA pasó a un segundo plano, incluso se aceptó a César Luis Menotti como director técnico, pues su sabiduría futbolística hacía tolerable su ideología política de izquierda. En suma, el certamen fue una inmensa cortina de humo y el fútbol un auténtico opio para el pueblo, aunque, desde luego, no todo fue tan fácil, Amnistía Internacional hizo denuncias, Holanda, en actitud muy digna, jugó bajo protesta y Johan Cruyff, el mejor jugador de esa época, directamente se negó a integrar el equipo.

Parece ser que la Junta lo contaminó todo e incluso tuvo incidencia en los resultados. El insólito marcador del encuentro Argentina-Perú estará bajo sospechas y se prestará a conjeturas hasta el final de los siglos. Para ser finalista, Argentina debe vencer con más de 3 goles. "Difícil, pero no imposible", decían los entendidos, pues Perú tenía un equipo fuerte, disciplinado y de alto nivel técnico. "Hasta aquí llegamos", anunciaban los escépticos. El resultado fue un contundente 6 a 0 y, claro, un tendal de dudas, conjeturas, especulaciones y decires.

Se dijo que la delegación peruana recibió la visita de Jorge Rafael Videla y Henry Kissinger en la que se habló de la historia común de las dos naciones y la necesidad de fortalecer los vínculos de amistad. Se dijo que Videla ofreció un prestamo no reembolsable para el gobierno de Morales Bermúdez que atravesaba una aguda crisis económica. Pero, sobre todo, se recargaron las tintas sobre Ramón Quiroga, arquero del Perú, nativo de Rosario, escenario del encuentro. Incluso, Quiroga había pedido no participar, pero Marcos Calderón le había ratificado su confianza. Sea de ello lo que fuere, la verdad es que no pudo soportar la presión y actuó visiblemente disminuido, finalmente Argentina alcanzó su mundial y hubo festejos, pero la rebelión contra un régimen de oprobio siempre estuvo latente.

En el año 1982, la crisis económica, el desprestigio institucional, la fuerza creciente de la oposición, anunciaban la inminente caída del oprobioso régimen militar argentino. Había que encontrar un revulsivo y, para ello, proclamaron la soberanía argentina sobre las Malvinas, unas olvidadas islas del Atlántico sur. Y las invadieron. Con la venia de la OTAN, Gran Bretaña envió su flota de guerra. El conflicto terminó con la rendición de Argentina y el sacrificio inútil de más de 600 imberbes e inexpertos soldados. La herida al orgullo nacional fue profunda, lacerante, cruel y tardaría algún tiempo en cicatrizar. La reivindicación vino por el lado del fútbol con oportunidad del campeonato mundial en México, 1986.
En cuartos de final debieron enfrentarse Argentina vs Inglaterra. Para los ingleses se trata de un importante encuentro de fútbol que hay que jugarlo con sobria responsabilidad, pero nada más. Para Argentina es vital y de inmensa trascendencia. Un triunfo tendría un efecto

catártico que les purificaría de todas sus escorias, es, como dice su himno, “coronados de gloria vivamos, procuremos con gloria morir”. A los 51 minutos, Diego Maradona, el más polémico jugador de la historia, golpea con su puño la pelota y la introduce en el arco inglés. Un impávido —y ciego— árbitro tunecino legaliza la jugada. Cuatro minutos más tarde, Diego se disfraza de mago y tras una maravillosa carrera de 60 metros con una generosa exhibición de amagues y gambetas, anota el más fantástico gol de todos los tiempos. En estos dos episodios se condensa el tránsito vital del Pibe de Villa Fiorito. Miseria y grandeza. Astucia y sabiduría. Vergüenza y gloria. Al mismo tiempo, se marca el claroscuro de un título que siempre tendrá el estigma de una mano turbia, aunque el propio Maradona crea que fue la mano de Dios. Además, las codiciadas Malvinas continúan siendo parte del decadente Imperio Británico. El 14 de junio de 1986 falleció, en Ginebra, Jorge Luis Borges, la mente más lúcida y el poeta mayor de Argentina. En medio de la tensión y el vértigo futbolero, su muerte pasó casi inadvertida. Borges, que odiaba cordialmente al fútbol, quizás hubiera ironizado, pero la triste verdad es que una esférica de 70 centímetros venció al Aleph.

La designación de Qatar como sede del campeonato del 2022 fue corrupción lisa y llana. Qatar carecía de tradición futbolera, pero tenía oro negro y quería mostrarse al mundo. Reuniones secretas, cambio de fechas, sobornos, investigaciones, configuran el FIFA Gate y, en el proceso, se castiga a algunos dirigentes, entre ellos, Michel Platini, un referente histórico esencial del fútbol francés.

Estos son algunos ejemplos de la colisión política-fútbol. Es evidente que el fútbol, como máxima manifestación de la cultura de masas, es proclive a múltiples contaminaciones y nocivas influencias que emanan de la geopolítica, la violencia, el racismo, el ultranacionalismo, la corrupción y los intereses económicos. En la medida en la que pueda mantener su esencia, el fútbol tiende puentes e incluso puede hablarse de confraternidad. En todo caso, cada cuatro años, el mundo se paraliza y vive una auténtica fiesta.

ISRAEL
adidas
FCB

Hacia una historia cultural y social del fútbol: impacto político, económico y mediático del deporte rey

Jhon Piedrahita

En Inglaterra, durante el siglo XIX, específicamente en 1863, nació el fútbol moderno. En aquella época, la Revolución Industrial había transformado las ciudades británicas y las fábricas modernas eran auténticas arquitecturas donde se aglutinaban miles de obreros. Las condiciones laborales de los trabajadores ingleses eran deplorables y un obrero industrial podía llegar a trabajar hasta dieciséis horas diarias. Los pocos minutos libres -disponibles en la hora del almuerzo- eran utilizados por la clase asalariada para divertirse pateando un balón de trapo. En Inglaterra las personas organizaban actividades populares conocidas como "mob football" (fútbol popular o fútbol de masas). Eran enfrentamientos masivos entre habitantes de pueblos vecinos que se jugaban sin reglas claras y un alto grado de violencia física.

Mickaël Correia (2019), en su libro Una historia popular del fútbol, sostiene que este deporte tiene un origen subversivo ya que la socialización que se produce, en el acto de encuentro y reunión de obreros, incomoda a la burguesía que desea que los trabajadores sean sujetos aislados e individualizados. A medida que el fútbol se popularizó entre los trabajadores ingleses, el capitalismo se vio forzado a tomar una decisión: o se incomodaba por la reunión de trabajadores en torno al deporte, o lo subsumían convirtiendo al fútbol en una mercancía que se puede producir y vender. Finalmente, la sociedad inglesa comenzó a transformar las prácticas de fútbol en actividades organizadas y reglamentadas. En el año 1863 se produjo un acontecimiento fundamental: la creación de The Footbal Association en Londres. Dicha organización escribió las primeras reglas oficiales del fútbol y separó este deporte de las variantes del rugby.

En la reglamentación del fútbol, se esconde una lógica de control sobre los aspectos del deporte. Correia (2019), deja claro cómo la desaparición de este tipo de fútbol -más parecido a una fiesta popular que a un deporte- está íntimamente ligada al auge de la modernidad, a la monopolización del poder coercitivo en manos de estados cada vez más centralizados, así como a la privatización de tierras explotadas por la ascendente alta burguesía terrateniente. Sin embargo, el origen del fútbol -como expresión de rebeldía- ayuda a entender por qué -incluso en la actualidad- se conserva esa atmósfera de ritual carnavalesco, aunque esté condicionado por los intereses empresariales. Aun así, el fútbol continúa siendo aquello que el historiador Eric Hobsbawm definió como "la religión secular de la clase obrera" y que el cineasta italiano Pier Paolo Pasolini llamó "el último ritual sagrado de nuestra época".

Hacia finales del siglo XIX, el fútbol volvió a cobrar importancia como una actividad con relevancia política. En un comienzo, se utilizó como un método disciplinario para los jóvenes considerados problemáticos en colegios privados británicos. Por ejemplo, en el texto de Correia (2019), se sostiene que en el Eton College, institución que educó veinte de los cincuenta primeros ministros del Reino Unido, se usó el fútbol para que las futuras élites gobernantes adquirieran valores como la competitividad y la austeridad; considerados esenciales para sostener el proyecto imperialista. Es decir, el fútbol no fue dominio exclusivo de la clase trabajadora. Durante ese mismo período, nacieron clubes como Liverpool F. C., Manchester United F. C., Arsenal F. C. y West Ham United F. C. Estos clubes estaban vinculados a gremios de estibadores, trabajadores de la metalurgia, obreros textiles y mineros. Correia (2019) explica que esta cultura obrera inglesa del sigmoblo XIX representaba una nueva manera de vivir, marcada por símbolos y rituales propios. Aunque los medios solían estigmatizarla, de ella surgieron fenómenos como el hooliganismo -con sus equivalentes latinoamericanos, como las barras bravas- y la cultura ultra en el Reino Unido e italiana durante las décadas de 1970 y 1980. Más adelante, también sirvió de base para que aficionados de clubes modestos, como Northampton Town F.C y AFC Wimbledon, impulsaran iniciativas para recuperar sus equipos después de que

Sin embargo, el origen del fútbol -como expresión de rebeldía- ayuda a entender por qué -incluso en la actualidad- se conserva esa atmósfera de ritual carnavalesco, aunque esté condicionado por los intereses empresariales.

empresarios oportunistas los llevaran a la ruina en busca de beneficios rápidos.

Aunque el fútbol tuvo su génesis en Inglaterra, es un fenómeno internacional practicado por personas y grupos oprimidos de todo el mundo. Hay ejemplos de futbolistas o clubes de fútbol que actuaron como símbolo de resistencia frente a represiones políticas. Por ejemplo, el lema del F.C Barcelona "más que un club" surgió durante la dictadura franquista (1939-1975); para ese entonces, el club era uno de los pocos lugares donde se podía expresar y compartir la identidad catalana reprimida por el fascismo. En el libro de Correia (2019) también se dedica un capítulo entero a estudiar la Democracia Corinthiana de Brasil. Se trató de una experiencia de democracia directa en un sentido cercano a la participación democrática directa descrita por Habermas (2023) impulsada por futbolistas de izquierda del Sport Club Corinthians Paulista, entre ellos Sócrates Brasileiro Sampaio de Souza Vieira de Oliveira. Este futbolista tenía tal nivel de compromiso político que aceptó ir a jugar a Italia con la intención de aprender italiano y leer a Antonio Gramsci en su idioma original. En la democracia directa del Corinthians, el movimiento estableció un sistema de autogestión dentro del club que cuestionaba de manera abierta la ideología de la dictadura militar que gobernó Brasil entre 1964 y 1985. Las camisetas blanquinegras con la inscripción "Democracia Corinthiana" se transformaron en un símbolo de resistencia, mientras que el Corinthians -además de conquistar dos campeonatos paulistas seguidos- encabezó el frente cultural de oposición al régimen militar.

En el siglo XX, con la creación de la FIFA en 1904, se institucionalizó y se centralizó el fútbol. A partir de entonces, el fútbol se convirtió en un espectáculo organizado, ligado a intereses económicos, políticos y mediáticos. La profesionalización de los clubes; el tránsito de los clubes de sociedades civiles a sociedades anónimas; la expansión de las competencias

internacionales; la creencia de que el futbolista es una mercancía que se puede comprar y vender; el crecimiento de la industria deportiva, y otros aspectos mercantilizables, convirtió a este deporte en un producto de consumo. Empero, pese a dicha transformación, el fútbol mantuvo su capacidad de representar identidades colectivas y vínculos culturales. En barrios populares, ciudades industrializadas y distintos contextos urbanos, el deporte funciona como espacio de pertenencia social y expresión popular. Tal y como se señala en una canción de la agrupación de rap colombiana Alcolirykoz, "No utilicen nuestra música pa´ promocionar su podrida campaña política. Que a ninguno le creemos. Al fútbol callejero es al único partido al que pertenecemos". De esta manera, el fútbol es un fenómeno contradictorio. Por un lado, se encuentra inserto en lógicas comerciales y globalizadas. Por otro, está relacionado con la identidad, la memoria y la cultura de los sectores populares.

El fútbol también es una herramienta para observar y potenciar conflictos y tensiones presentes en otros espacios de la sociedad. Por ejemplo, "La mano de Dios", el célebre gol con la mano de Diego Armando Maradona en los cuartos de final del Mundial de México 1986 se puede leer como una forma de revancha simbólica frente a Inglaterra tras la Guerra de las Malvinas. Este episodio encarna de manera perfecta la llamada "viveza criolla", una combinación latinoamericana de ingenio, picardía y desafío a las normas que nacen de la necesidad de sobreponerse a situaciones adversas.

Ahora bien, el fútbol contemporáneo beneficia principalmente a las élites económicas y políticas que lo convierten en un negocio. Los mundiales -por ejemplo-, lejos de representar una fiesta deportiva, son excusa para la especulación, la corrupción y concentración de riqueza de consorcios que construyen estadios y empresas que monopolizan la publicidad. La FIFA, los gobiernos y los consorcios turísticos obtienen ganancias millonarias mientras las poblaciones anfitrionas enfrentan gentrificación, desplazamientos de sus territorios, aumento de precios inmobiliarios y precarización urbana.

Desde una perspectiva histórica, el fútbol atravesó procesos de modificación vinculados a los intereses del capitalismo. El fútbol ocupa, en la actualidad, un espacio político, mediático y económico. Pasó de ser una práctica recreativa y popular a convertirse en una institución económica. Esa metamorfosis refleja los cambios vertiginosos del capitalismo moderno, la consolidación de los medios de comunicación y la construcción de identidades vinculadas al consumo de las grandes marcas deportivas. No obstante, la importancia histórica del fútbol radica es la contradicción permanente entre la cultura popular y la cultura del consumo comercial. Aunque el deporte fue apropiado por intereses económicos y políticos, continúa siendo un espacio de pertenencia social y de ritual sagrado para los sectores populares. Las hinchadas y los clubes mantienen un fuerte vínculo con identidades locales, nacionales y de clase. El fútbol, visto desde la historia social y cultural, puede entenderse como un espacio donde convergen las tensiones de clase, los conflictos políticos, el entendimiento del deporte como fiesta y carnaval; pero también la influencia del capitalismo y el interés por mercantilizar todos los aspectos de la vida social.

Referencias

Cabrera Vizcarra, M. (2026). ¿A quién beneficia el fútbol? Punto de Partida. Universidad Nacional Autónoma de México. https://puntodepartida.unam.mx/dossier/a-quien-beneficia-el-futbol/

Correia, M. (2019). Una historia popular del fútbol. Hoja de Lata.

Habermas, J. (2023). Facticidad y validez: Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso. Trotta.

Sala, B. (2024, marzo). El fútbol y la formación de la clase obrera. Jacobin América Latina. https://jacobinlat.com/2024/03/el-futbol-y-la-formacion-de-la-clase-obrera/

Cuando el simulacro precede a la realidad: videojuegos y transformación de la experiencia deportiva

Juan Fernando Bermeo Palacios

Desde los inicios del llamado "deporte rey" existió una secuencia aparentemente natural para convertirse en aficionado al fútbol. Primero se pateaba una pelota en la calle, en el patio de la escuela o en una cancha improvisada. Después se observaban partidos por televisión o desde las gradas de un estadio. Finalmente, se desarrollaba un conocimiento progresivo sobre equipos, jugadores, tácticas y rivalidades. El deporte antecedía a su representación.

Sin embargo, la cultura digital ha comenzado a alterar esta lógica. Para una cantidad creciente de personas, el primer encuentro significativo con el fútbol ocurre a través de videojuegos como FIFA, EA Sports FC, Pro Evolution Soccer, eFootball o hasta los juegos de la saga basada en el manga y anime Captain Tsubasa. Antes de saber quién ganó un Mundial, conocen qué significa jugar bajo altas presiones; antes de distinguir una formación táctica en una transmisión televisiva, entre formaciones tácticas como un 4-3-3 y un 5-4-1; antes de convertirse en seguidores de un club, ya han ganado ligas virtuales con él.

Esta transformación plantea una pregunta filosófica que va más allá del entretenimiento: ¿qué sucede cuando la representación antecede a aquello que representa? ¿Qué ocurre cuando el simulacro deja de ser una copia de la realidad para convertirse en la puerta de entrada hacia ella?

La cuestión resulta significativa. Durante siglos la filosofía occidental pensó la representación como un fenómeno secundario. El mapa venía después del territorio; la pintura después del objeto; la narración después del acontecimiento. Sin embargo, la experiencia contemporánea parece cada vez más cercana a la intuición de que, en numerosas ocasiones, conocemos el mundo mediante sus simulaciones antes que mediante sus referentes. En el caso del fútbol, el videojuego ya no funciona únicamente como representación del deporte, sino como una experiencia capaz de producir formas propias de conocimiento y relación con él.

La paradoja resulta menos extraña si se observa desde la perspectiva de Johan Huizinga. En *Homo ludens*, el

La experiencia contemporánea parece cada vez más cercana a la intuición de que, en numerosas ocasiones, conocemos el mundo mediante sus simulaciones antes que mediante sus referentes

historiador neerlandés sostuvo que el juego constituye uno de los fundamentos de la cultura. Las sociedades producen arte, religión, derecho y política mediante estructuras lúdicas previas. El juego aparece como una de las condiciones de posibilidad de la vida cultural (Huizinga, 2012).

Desde esta perspectiva, la oposición entre fútbol y su videojuego pierde parte de su fuerza. Ambos son expresiones de una misma dimensión lúdica. Ambos establecen reglas, delimitan espacios simbólicos y producen comunidades de participantes. El videojuego aparece como una prolongación tecnológica de una lógica cultural más antigua.

Roger Caillois profundizó esta idea al distinguir diversas formas de juego que atraviesan la experiencia cultural. Particularmente relevantes para comprender los videojuegos deportivos son el agon, asociado a la competencia, y la mimicry, vinculada a la simulación y la representación (Caillois, 1986). El *agon* describe aquellas actividades lúdicas en las que los participantes se enfrentan bajo un conjunto de reglas compartidas con el propósito de demostrar habilidad, estrategia o destreza. Deportes como el fútbol constituyen ejemplos paradigmáticos de esta lógica competitiva, donde el resultado depende, al menos idealmente, del desempeño de los contendientes. La *mimicry*, en cambio, remite a la capacidad del juego para producir mundos imaginarios y permitir que los participantes asuman roles, identidades o situaciones distintas de las que ocupan en la vida cotidiana. El jugador interpreta un papel, habita una ficción y acepta temporalmente una realidad alternativa. Los videojuegos de fútbol constituyen una síntesis singular de ambas categorías. Son espacios competitivos donde los jugadores buscan vencer y, al mismo tiempo, escenarios de simulación donde se representa una actividad deportiva preexistente.

La combinación de competencia y simulación explica parte de su capacidad de atracción. Permiten observar fútbol y, además, habitarlo. El jugador participa activamente en la estrategia. En lugar de contemplar una final desde afuera, la disputa. En lugar de seguir una temporada como espectador, la dirige. De esta manera, el videojuego convierte al aficionado en actor antes que en observador.

Uno de los aportes más relevantes de James Paul Gee consiste en demostrar que los videojuegos funcionan como entornos complejos de aprendizaje. Muchos videojuegos permiten procesos de aprendizaje basados en la acción y la experimentación. El conocimiento emerge de la interacción (Gee, 2004).

Esta observación adquiere una relevancia particular en los simuladores futbolísticos. Un jugador puede comprender la regla del fuera de juego sin haber leído el reglamento oficial. Puede aprender conceptos tácticos sofisticados sin recibir instrucción formal. También puede familiarizarse con plantillas, competiciones y sistemas de juego gracias a su participación constante en el entorno digital.

Las investigaciones de Armenteros Gallardo (2006) aportan elementos para comprender esta relación, al mostrar que los videojuegos deportivos facilitan la adquisición de conocimientos reglamentarios y estratégicos. Del mismo modo, los estudios de Butcher y Bryant (2017) sugieren que muchos aficionados jóvenes desarrollan interés por el fútbol a partir de experiencias videolúdicas que posteriormente se trasladan hacia otras formas de participación deportiva.

Lo interesante es que este aprendizaje trasciende la información objetiva y comienza también una construcción narrativa. Enseñan quiénes son las estrellas del momento, qué clubes poseen prestigio histórico, cuáles son las rivalidades más importantes y qué estilos de juego resultan admirables. Aprender fútbol mediante un videojuego, entonces, implica aprender simultáneamente una forma de interpretarlo.

Esta capacidad permite vincular el fenómeno con la hermenéutica filosófica. Hans-Georg Gadamer sostuvo que toda comprensión implica una transformación del intérprete. Comprender significa participar en un proceso donde el sujeto y aquello que interpreta se modifican mutuamente (Gadamer, 1991).

La experiencia de los videojuegos deportivos permite observar esta dinámica. El jugador entra al simulador con conocimientos limitados y sale de él con nuevas formas de interpretar el deporte. Cuando posteriormente observa un partido real, ya lo hace desde un horizonte de expectativas construido previamente por la experiencia digital.

La simulación actúa entonces como un dispositivo hermenéutico. Proporciona categorías de comprensión que reorganizan la experiencia posterior. Quien ha disputado decenas de partidos virtuales reconoce patrones tácticos que antes le resultaban invisibles. Quien ha gestionado una carrera en modo director técnico comprende decisiones deportivas que anteriormente parecían arbitrarias. Quien ha construido plantillas y administrado presupuestos interpreta de otro modo los movimientos del mercado de fichajes. El videojuego reconfigura la experiencia deportiva y amplía sus posibilidades de interpretación.

Jesper Juul describió los videojuegos como objetos half-real: sistemas donde reglas reales conviven con mundos ficticios (Juul, 2005). Cuando un usuario juega, por ejemplo, EA Sports FC, participa simultáneamente en dos dimensiones distintas. Por una parte, las reglas son absolutamente reales. Las victorias, las derrotas y los resultados están determinados por sistemas operativos concretos. Por otra, el contexto audiovisual constituye una ficción cuidadosamente diseñada.

Lo fascinante es que ambas dimensiones producen efectos reales sobre el jugador. La frustración tras una derrota virtual es auténtica. La satisfacción de ganar una final también lo es. Del mismo modo, el conocimiento adquirido durante la experiencia puede trasladarse posteriormente hacia contextos deportivos ajenos al espacio digital. La frontera entre simulación y realidad comienza así a volverse más difusa. Sus diferencias permanecen, aunque ambas participan en la construcción de experiencias significativas.

Marshall McLuhan afirmó que toda tecnología funciona como una extensión de alguna capacidad humana. La rueda es una extensión del pie; el libro extiende la memoria; los medios electrónicos extienden el sistema nervioso (McLuhan, 1996). Siguiendo esta lógica, los videojuegos de fútbol pueden entenderse como extensiones tecnológicas de la experiencia deportiva.

Estos sistemas representan partidos y, además, amplifican determinadas dimensiones del deporte, haciendo visibles aspectos que muchas veces permanecen ocultos en la observación tradicional. Mientras el espectador televisivo contempla veintidós jugadores en movimiento, el jugador del simulador debe tomar decisiones tácticas, gestionar recursos, anticipar acciones y coordinar estrategias. El videojuego convierte procesos implícitos en experiencias explícitas.

Por ello resulta insuficiente considerarlo simplemente una copia del fútbol. En muchos aspectos funciona como un laboratorio interactivo donde el deporte puede explorarse desde perspectivas difíciles de alcanzar para el espectador convencional.

Pierre Bourdieu permite observar otra dimensión fundamental del fenómeno. El sociólogo francés argumentó que las prácticas culturales generan formas específicas de capital simbólico y conocimiento socialmente valorado (Bourdieu, 2001). Tradicionalmente, las formas de conocimiento y reconocimiento asociadas al fútbol podían funcionar como capital cultural, la asistencia a estadios, la práctica deportiva o el seguimiento constante de competiciones. Sin embargo, los videojuegos han comenzado a convertirse en espacios alternativos de adquisición de dicho capital. Esta acumulación de conocimientos permite a muchos jugadores participar en conversaciones futbolísticas, debatir decisiones técnicas e incluso desarrollar formas sofisticadas de análisis deportivo.

Surge entonces una tensión interesante. ¿Posee menos legitimidad el aficionado que conoció primero el

fútbol mediante videojuegos? ¿Es menos auténtico su vínculo con el deporte? La respuesta parece cada vez más difícil de sostener. Si ese conocimiento permite interpretar y participar del fenómeno deportivo y si el compromiso emocional alcanza una intensidad comparable, la distinción entre aficionado tradicional y aficionado digital comienza a perder claridad.

La cuestión central de este debate es ontológica. Durante décadas se asumió que los videojuegos deportivos representaban una realidad previa. Sin embargo, la experiencia contemporánea sugiere una posibilidad más compleja. Para quienes conocen primero el fútbol mediante simuladores digitales, la experiencia virtual constituye el acontecimiento originario. Es allí donde aprenden las reglas, desarrollan afinidades, construyen recuerdos y experimentan emociones vinculadas al deporte.

Esta inversión recuerda la tesis formulada por Jean Baudrillard, para quien la simulación contemporánea puede dejar de reflejar una realidad previa para convertirse en una instancia productora de configuración del sentido desde la perspectiva de Baudrillard (1981). Desde esta perspectiva, el simulacro produce nuevos regímenes de experiencia que terminan configurando aquello que entendemos por real. Produce aficionados. Produce conocimiento. Produce comunidades. Produce formas de identidad cultural.

Estamos ante una transformación de los modos de acceso al deporte. La expansión de los videojuegos de simulación futbolística ha modificado profundamente la manera en que muchas personas ingresan al universo deportivo. Para una parte significativa de los aficionados contemporáneos, el fútbol comienza en una consola, en una computadora o en un teléfono móvil. Esta inversión de la secuencia tradicional obliga a replantear categorías filosóficas fundamentales relacionadas con la representación, la experiencia y el conocimiento.

Quizá la pregunta ya ni siquiera consista en determinar si los videojuegos representan correctamente al fútbol.

Desde esta perspectiva, el simulacro produce nuevos regímenes de experiencia que terminan configurando aquello que entendemos por real. Produce aficionados. Produce conocimiento. Produce comunidades. Produce formas de identidad cultural.

La cuestión verdaderamente relevante parece ser otra: qué tipo de fútbol emerge cuando una generación entera aprende primero a jugarlo en un simulador y después en la realidad. Cuando eso ocurre, la representación deja de ocupar el asiento del acompañante y toma el volante del autobús.

Porque en la cultura digital contemporánea sucede algo que habría parecido paradójico hace apenas unas décadas: para muchos aficionados, el primer partido ocurre antes del partido. De modo que, cuando finalmente pisan un estadio, contemplan el césped con la misma expresión de quien llega a conocer en persona a un famoso de internet. El fútbol sigue allí, desde luego; la diferencia es que ahora debe presentarse ante una audiencia que ya cree conocerlo. Y, como cualquier celebridad contemporánea, tiene la incómoda obligación de estar a la altura de su versión digital.

Referencias

Armenteros Gallardo, M. (2006). La convergencia entre los videojuegos y el fútbol: una perspectiva comunicativa. Icono14, 4(2), 157–170.

Baudrillard, J. (1981). Simulacros y simulación. Kairós.

Bourdieu, P. (2001). Capital cultural, escuela y espacio social. Siglo XXI Editores.

Caillois, R. (1986). Los juegos y los hombres: La máscara y el vértigo. Fondo de Cultura Económica.

Gadamer, H.-G. (1991). Verdad y método I: Fundamentos de una hermenéutica filosófica. Sígueme.

Gee, J. P. (2004). Lo que nos enseñan los videojuegos sobre el aprendizaje y el alfabetismo. Aljibe.

Huizinga, J. (2012). Homo ludens. Alianza Editorial.

Juul, J. (2005). Half-real: Video games between real rules and fictional worlds. MIT Press.

McLuhan, M. (1996). Comprender los medios de comunicación: Las extensiones del ser humano. Paidós.

Confesiones futboleras de un (anti)intelectual

David Antolínez Uribe

Recuerdo bien mis años de bachillerato, época en la que dedicaba largas horas al cine, la literatura y la filosofía. En aquel entonces trataba de ocultar las inseguridades propias de la juventud bajo una gruesa capa de intelectualismo. Todos, incluyéndome, seguíamos con ansias las eliminatorias para el Mundial que se disputaría al año siguiente. Pero en varias ocasiones mi intelectualismo reñía con la posibilidad de acercarme al entusiasmo colectivo por el fútbol. Recuerdo una vez que, después de un partido, un amigo nerdo citó febrilmente una columna de William Ospina (2008) donde se planteaba que la doctrina romana panem et circenses era falsa, ya que "el mundo contemporáneo está demostrando que en esa fórmula sobraba el pan". Justo ahora, mientras escribo estas líneas, releo el texto de Ospina y constato, sin sorpresa alguna, que esta vaca sagrada del periodismo colombiano eligió comenzar su inmisericorde crítica invocando la autoridad de nadie más y nadie menos que Jorge Luis Borges. Esto me lleva a otra memoria. Ese mismo año — cuando X se llamaba Twitter y esta era una nueva red social relativamente libre de algoritmos, bots, censuras, etc. — una amiga se atrevió a recordar una frase del escritor argentino: "el fútbol es popular porque la estupidez es popular" (Borges, citado por Alifano, 1996, p. 97). Ambas anécdotas tuvieron el mismo desenlace, una lluvia de burlas de viva voz y en forma de trinos. Yo veía desde la tribuna, en parte aliviado de no ser yo quien estaba en el paredón, pero también dubitativo porque le hallaba algo de razón a las objeciones de tamaños eruditos.

Han pasado más o menos quince años desde entonces. Y yo, honestamente, no me he convertido en mayor fanático del fútbol, pero tampoco me he desinteresado por él. Lo que sí ha cambiado, curiosamente, ha sido mi relación con el intelectualismo. Sería incorrecto decir que lo he abandonado del todo (¡si así fuera, no estaría redactando este texto para esta revista!), pero sí puedo afirmar que lo he moderado paulatinamente. En algunos giros inesperados de mi formación humanista, entré en contacto con autores que se han atrevido a cuestionar algunas premisas de las ciencias sociales como la idea de que las masas son irreflexivas (Lynch, 2000), que el ethos de la filosofía se reduce a la denuncia de los juegos de poder (Koch, 2002) y que la cultura popular es un conjunto de fetiches inevitablemente cargados de ideología (Boltanski y Thévenot, 2006). Basta un poco de ecuanimidad para ver que los intelectuales, en tanto grupo social, también exhiben retóricas y pasiones que no distan mucho de aquellas del vulgo al que desprecian. Así es, el tribalismo y la miopía abundan en los círculos de académicos que se enorgullecen de estar comprometidos socialmente. Asumir que la vida social se compone de una minoría libre gracias al pensamiento crítico en oposición a una mayoría que sigue alienada debido a su idiotez, conduce, en última instancia, a una política fuertemente elitista (en el peor de los casos) o a una condescendiente campaña pedagógica (en el mejor de ellos). ¿No deberíamos haber superado ya a estas alturas las fantasías racionalistas de la Iluminación?

También pude, por fortuna, encontrar otros sociólogos que evitan el relativismo cultural, estético y epistemológico. La máxima "entre gustos no hay disgusto" refleja precisamente esa indiferencia disfrazada de tolerancia que cierra la puerta al estudio de cómo se fabrican y refinan las pasiones sociales. La sociología del gusto (Hennion, 2007; Shapin, 2012) pretende llenar este vacío e indagar cómo se conforman las comunidades de fanáticos, cuáles son los rituales que hacen que el novicio se vuelva experto, cómo se conjugan las sensibilidades corporales con los vocabularios especializados y cuáles formas de resistencia se articulan desde la defensa de los pasatiempos predilectos. En otros textos he aprovechado este desplazamiento conceptual para acercarme a dos fenómenos de masas puntuales: el podcast de moda de Bella Freud y el fandom de Taylor Swift (Antolínez, 2025a; 2025b). Ahora quisiera hacer un gesto semejante con el fútbol. Sobra decir que uno poco disfrutará del deporte si se posiciona desde la supuesta superioridad política y moral del intelectualismo. Mas habría

Basta un poco de ecuanimidad para ver que los intelectuales, en tanto grupo social, también exhiben retóricas y pasiones que no distan mucho de aquellas del vulgo al que desprecian.

que ir un paso más allá y aventurar preguntas tales como: ¿qué estrategias permiten que el fútbol no sea solo visible sino también disfrutable? ¿qué aspectos internos y/o externos del deporte acentúan (o no) el placer estético del mismo? ¿qué otros enemigos pervierten al fútbol como actividad lúdica? ¿qué nos dice la trayectoria del deporte en décadas recientes sobre el cultivo de las pasiones de los fanáticos?

Antes de responder tales interrogantes quisiera matizar un poco mis comentarios previos en contra del intelectualismo. Desde luego, el punto no es defender el anti-intelectualismo ni sugerir que el fútbol es ajeno al mundo estudioso. Más bien quisiera resaltar que hay distintas "intelectualidades" y que la facultad de razonar no está monopolizada por los filósofos. En el deporte hay planes estratégicos, técnicas corporales y juegos mentales, lo cual demuestra que atletismo y lógica pueden ir de la mano. Véase el emergente campo interdisciplinario conocido como 'football studies' para una ilustración de cómo los académicos se han ido reconciliado gradualmente con los aspectos más interesantes y complejos del deporte (Widdop y Collins, 2016). Así pues, lo problemático del intelectualismo no es el acto de pensar como tal sino las actitudes déspotas asociadas que usualmente caen bajo la consigna del "pensamiento crítico". ¿Es acaso imposible imaginar una reflexión seria y socialmente relevante que no caiga en el frenesí de la deconstrucción o la iconoclasia? El término "crítico" ya había sido vanagloriado por Kant y luego en el siglo XX nació la "teoría crítica" — un término paraguas que recoge al marxismo, al psicoanálisis, la semiótica, la lingüística post-estructuralista y el feminismo. Las anécdotas que relaté al inicio ilustran un poco de esos gestos anti-populares que muchas veces tienen los intelectuales que han sido educados en este medio académico. Pero nótese que hay algo que la teoría crítica odia incluso más que al populacho: el capitalismo.

Esta discusión aparentemente distante del fútbol permite comprender

que las prácticas culturales también están insertas en modelos económicos y ecológicos más amplios. Frases como "lucha de clases" o "abolir la propiedad privada" han perdido efectividad, así que la teoría crítica ha acudido al ecologismo para seguir combatiendo al capitalismo. No creo que haga falta que me explaye en mostrar cómo un sistema económico basado en la explotación y el consumo desaforado agotan los recursos naturales del planeta. La máxima de Edward Abbey (1977) "el crecimiento por el crecimiento mismo es la ideología de las células cancerosas" (p. 183) retrata lúcidamente ese punto. Ahora bien, sí quisiera explorar dos ideas de esta nueva alianza entre teoría crítica y ecología para complementar nuestro previo acercamiento a la sociología del gusto. Primero, los humanos tenemos el mal hábito de narrar la historia de nuestra especie haciendo hincapié en los hitos económicos: la agricultura que lleva a inventarios de alimentos, la evolución del trueque al comercio con divisas, la revolución industrial y su impacto en el trabajo, etc. Sin embargo, quizá sería más interesante incluirnos en la tendencia más general de la historia natural que resalta cuestiones vitales como las variables térmicas, metabólicas y ambientales. Aquí hay espacio para contemplar fenómenos — no solo productivos sino profundamente bellos — como los ciclos naturales de las estaciones, los ritmos en el comportamiento animal, lo orgánico del mundo vegetal, etc. (Chakrabarty, 2014). Segundo, hay que advertir lo engañoso de que la economía se presente como la dimensión indispensable del desarrollo social. La sociedad no está obligada seguir ciegamente los caprichos de la mano invisible del mercado, especialmente cuando esta se vuelve el único filtro que regula toda la vida cultural bajo la reduccionista lógica del efectivismo. No solo hay que reforzar la alianza entre tejido social y reservas naturales, sino permitir nuevas formas de pensar la vida colectiva por fuera del ánimo de lucro (Charbonnier, 2015).

¿Y esto qué tiene que ver con el fútbol? Ningún deporte se da en el vacío, sino que funciona a través de un entramado logístico e institucional. Balones, guayos y canchas en el nivel micro, acompañadas de patrocinadores, clubes y prensa en el nivel macro. Así pues, cualquier deporte o actividad cultural se verá afectado por los problemas sociales que lo rodean. Además, no es secreto para nadie que el fútbol contemporáneo se ha transformado. La percepción de una era del jogo bonito asociada a figuras como Pelé y Ronaldinho ha sido desplazada por nuevas formas de entender el juego. Hoy impera el fútbol táctico, como puede constatarse en los entrenamientos altamente disciplinados de Cristiano Ronaldo, los privilegios administrativos de Kylian Mbappé en el Real Madrid o la implementación del VAR. Muchos lamentan que la mercantilización del fútbol haya eclipsado la estética del deporte. Otros, como Duarte (en prensa, véase su contribución a este dossier), argumentan que estos cambios traen el riesgo de deshumanizar a los jugadores. Aquí se despiertan, adicionalmente, temores en contra de la tecnología que ha hiper-tecnificado al deporte (dopaje, nutrientes, masa muscular, aerodinámica de la pelota, etc.). Por cuestiones de tiempo, no me es posible adentrarme en estas minucias de estas cuestiones técnicas. Por otra parte, recuerden que no soy un fanático acérrimo, así que mi voz quizás no sea la más autorizada. Aun así, es importante señalar esta realidad del fútbol contemporáneo porque, como veníamos diciendo, aquí hay una barrera que disminuye el goce por el deporte. Antes bastaba con memorizar el nombre de jugadores y los colores de las camisetas, pero ahora abruma el volumen de datos sobre porcentaje de posesión del balón, tiros al arco, asistencias completadas, minutos jugados en una temporada, territorio cubierto, etc. ¿No es irónico? Borges equiparaba al fútbol con la estupidez, pero ahora soy yo quien no es lo suficientemente inteligente para comprender el deporte hoy día.

Terminaré este ensayo con una propuesta especulativa sobre cómo revolucionar el fútbol para liberarlo de las ataduras del intelectualismo y el capitalismo. Para ello, me inspiro parcialmente en las recomendaciones de

Guattari (2017) sobre aplicar estrategias maximalistas para saturar el sistema y permitir que las potencias creativas y emancipadoras tengan mayores espacios de expresión.

Por un lado, propongo cambiar el sistema de calificación del fútbol. La frecuente frase "al final ganan los goles" refleja qué tan profundo se ha enraizado la mentalidad efectivista que solo tiene en cuenta los productos y no los procesos, los resultados y no la ejecución. Si se adoptara el método de calificación que tiene la gimnasia artística en los juegos olímpicos, entonces jugadores, árbitros y espectadores tendrían que valorar la dimensión estética. ¿Y por qué no sugerir que una jugada hermosa que no termina en gol pueda tener un mayor puntaje que un autogol vergonzoso? Necesitaríamos varios jueces, no solo un árbitro que muchas veces puede ser una autoridad sesgada. Alguna vez le mencioné esta propuesta a un amigo que sí es un hincha comprometido con su equipo. No lo entusiasmó mucho, pero me señaló correctamente que mi idea no estaba muy alejada de la realidad. El Premio Púskas es el reconocimiento al gol más vistoso en el año y, efectivamente, tiene todo un sistema de criterios y métricas para hacer que la decisión sea lo más "objetiva posible". ¿Por qué limitarnos únicamente a un gol en todo el año y no extenderlo a todos los partidos? Sea como fuese, lo importante es encontrar los medios para resaltar la belleza del deporte (Borge et al., 2015). Hoy día las cámaras a veces enfocan más a las mujeres hermosas en la tribuna o la ropa elegante de los futbolistas en las pasarelas. Es justo y necesario corregir esta perspectiva y recordar a la audiencia que el juego mismo es digno de admiración.

Por otra parte, habría que sustituir el imperio de la FIFA por una serie de circuitos que gestionen de forma local y no-mercantil los partidos de distintas ligas juveniles y profesionales. Son bien conocidos los escándalos de corrupción de la FIFA, lo cual es el predecible resultado de una institución absolutista que muchas veces prefiere acomodarse a las presiones de gobiernos y

Ningún deporte se da en el vacío, sino que funciona a través de un entramado logístico e institucional. Balones, guayos y canchas en el nivel micro, acompañadas de patrocinadores, clubes y prensa en el nivel macro. Así pues, cualquier deporte o actividad cultural se verá afectado por los problemas sociales que lo rodean

empresas que proteger la esencia del deporte. Algo parecido sucede en otras industrias de entretenimiento, como puede verse en el yugo de Hollywood contra los estudios pequeños o las injustas políticas de Spotify contra los artistas menores. En últimas, esta alternativa no es muy distinta a la implementación de la mentalidad "hazlo tú mismo" (D.I.Y.) que es tan frecuente en colectivos punk y de economía solidaria. El fútbol pasaría a ser "los fútboles", precisamente para que "la versión oficial" de la FIFA no le reste legitimidad a otros formatos de juego (rey de cancha, rondo, fuchi) que los jugadores no profesionales han ido inventando desde hace años. Esto no solo les resta grandilocuencia a las exigencias atléticas del fútbol a gran escala, sino que pone el acento en la capacidad de este deporte de múltiples modalidades de facilitar dinámicas comunitarias amplias e incluyentes (Giampiccoli y Nauright, 2019). Si se me permite, un último recuerdo personal para ilustrar este punto. De joven no disfrutaba mucho el fútbol 11 (¡casi nunca llegaba el balón a mi área!) ni el micro-fútbol (¡casi nunca salía el balón de mi área!), pero sí me divertía bastante con un tipo de juego que denominábamos informalmente "cuadrito" y que era un fútbol tenis en espejo. De hecho, llegué a ser bastante bueno y siempre me lamenté que no existiesen torneos inter-colegiados de este formato. Creo firmemente que el fútbol como deporte es un fenómeno vivo que podría evolucionar de formas interesantes si se rompe el monopolio del fútbol 11.

¿Qué tanto sentido tienen estas reformas? Quizá no mucho, teniendo en cuenta que los fanáticos del fútbol pueden ser bastante puristas, que el *statu quo* de la FIFA es en extremo rígido y, sobre todo, que serán pocos quienes lean este ensayo. Con suerte, he movilizado al lector a cuestionar el dogmatismo del pensamiento crítico y a revalorizar la pericia necesaria para jugar un buen partido de fútbol. Si queremos recuperar la belleza del deporte en una época donde la estadística acapara el espectáculo real, quizá debamos atrevernos a jugar distinto — tanto en el plano teórico como en la cancha misma.

Referencias

Abbey, E. (1977). The Journey Home. Dutton.

Alifano, R. (2006). El humor de Borges. Ediciones de la Urraca.

Antolínez, D. (2025a). ¿Qué se requiere para dejarse seducir? Calibán, 23(1), 72-81.

Antolínez, D. (2025b). The Discreet Charm of Swiftology. M/C Journal, 28(3). https://doi.org/10.5204/mcj.3146

Boltanski, L. & Thévenot, L. (2006). On Justification. Princeton University Press.

Borge, S., Smith, M. & Bruun Vaage, M. (2015). The Aesthetics of Football. Sport, Ethics and Philosophy, 9(2), 93-6. https://doi.org/10.1080/17511321.2015.1048822

Chakrabarty, D. (2014). Climate and Capital: On Conjoined Histories. Critical Inquiry, 41(1), 1-23. https://doi.org/10.1086/678154Charbonnier, P. (2015). ¿Le socialisme est-il une politique de la nature? Une lecture écologique de Karl Polanyi. Incidences, 11, 183-204.

Duarte, C.J. (en prensa). Esclavos y dioses: reificación, reconocimiento y fútbol. Revista Mundana.

Giampiccoli, A. & Nauright, J. (2019). Beyond the reach of FIFA: football and community 'development' in rural South Africa, towards a politics of inclusion and sustainability. Soccer & Society, 20(2), 288-306. https://doi.org/10.1080/14660970.2017.1302937

Guattari, F. (2017). La revolución molecular. Errata naturae editores.

Hennion, A. (2007). Those Things That Hold Us Together: Taste and Sociology. Cultural Sociology, 1(1), 97-114. https://doi.org/10.1177/1749975507073923

Koch, R. (2002). The Critical Gesture in Philosophy. In B. Latour & P. Weibel (eds.) Iconoclash (524-36). MIT Press.

Lynch, M. (2000). Against Reflexivity as an Academic Virtue and Source of Privileged Knowledge. Theory, Culture & Society, 17(3), 26-54. https://doi.org/10.1177/02632760022051202

Ospina, W. (2008). Nuestra extraña época. El Espectador. https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/william-ospina/nuestra-extrana-epoca-column-27019/

Shapin, S. (2012). The sciences of subjectivity. Social Studies of Science, 42(2), 170-84. https://doi.org/10.1177/0306312711435375

Widdop, P. & Collins, M. (2016). Social network analysis: towards an approach for football studies. In J. Hughson, K. Moore, R. Spaaij & J. Maguire (eds.) Routledge Handbook of Football Studies (348-63). Routledge.

COLUMNAS

Ontologías del potrero: El Jogo Bonito como sutura de la herida colonial desde América Latina

Carlos Quizhpe-Parra

América Latina supura.

Nuestra historia es la crónica de una amputación, de un cuerpo continental al que se le impuso el progreso como un yugo y la civilización como un castigo. Al igual que los ferrocarriles y los mataderos, el fútbol llegó a las costas del sur global en los barcos británicos como un dispositivo de domesticación victoriana. Era la geometría euclidiana impuesta sobre el pasto, un mecanismo del imperialismo para disciplinar la carne periférica y homogeneizar las subjetividades. Sin embargo, el Sur tomó esa herramienta de colonización, la arrojó al barro del potrero y la transformó en una ontología insurrecta.

Si el existencialismo europeo, en la voz de Albert Camus, encontró en este deporte su asidero afirmando que todo lo que sabía "acerca de la

el Sur tomó esa herramienta de colonización, la arrojó al barro del potrero y la transformó en una ontología insurrecta.

moral y de las obligaciones de los hombres" se lo debía al fútbol, en América Latina el fútbol trascendió la mera ética individual para convertirse en un proyecto de emancipación colectiva. Para nosotros, el fútbol no es una simple distracción que alimenta la industria del espectáculo; es una metáfora visceral de la existencia humana, un escenario donde, como diría Antonio Gramsci, se materializa "un reino de la libertad humana ejercido al aire libre". Pero esta libertad no es gratuita; es una libertad que duele, que se arranca a la fuerza en medio del desgarro histórico y que sirve para suturar, aunque sea temporalmente, el trauma colonial.

La gambeta como epistemología del estar-siendo

La maquinaria del Norte Global se sostiene en el asalto a las subjetividades, imponiendo un pensamiento único, una racionalidad instrumental y una táctica aséptica. En este modelo, el individuo no es más que un engranaje productivo. Frente al mandato cartesiano ("pienso, luego existo") que justifica el extractivismo y la dominación, el filósofo argentino Rodolfo Kusch identificó en el pensamiento popular latinoamericano una subversión radical: el estar siendo. En nuestra tierra, la premisa es "existo, luego pienso"; la posibilidad de ser y existir antecede a cualquier racionalidad táctica.

En el campo de juego, esta filosofía se encarna a través de la gambeta. La gambeta es el símbolo de la creación por excelencia, un enigma indescifrable que destroza la rigidez táctica del adversario europeo, por más organizado y militarizado que este se encuentre. Frente a la obediencia al sistema, el amague es un acto de desobediencia civil. Es un movimiento de subversión mediante el cual el sujeto marginalizado convierte las herramientas del dominante en un medio expresivo propio. El jugador que gambetea no solo elude una patada o a un rival; gambetea la miseria, gambetea el destino manifiesto que el capitalismo periférico le había

asignado. El potrero, entonces, no es solo un pedazo de tierra baldía; es el territorio del estar-siendo, donde la cultura popular encuentra su fundamento lúdico y sagrado para afirmar su propia existencia contra la cosificación del mercado.

Este estar-siendo en el espacio de juego popular constituye una forma de edgework o trabajo en el límite: una práctica existencial donde el jugador asume el riesgo físico y ontológico de explorar los bordes de la capacidad humana en busca de nuevas formas de ser y habitar la intemperie. En este espacio liminal, el fútbol de los nadies no se diseña bajo planos rígidos de ingeniería social o planificación tecnocrática, sino que se despliega de forma "intransitiva" a través del puro acontecimiento del juego. Siguiendo las intuiciones sobre el habitar (dwelling) formuladas en las antropologías críticas contemporáneas, la vida en el potrero no se deja contener por fronteras asépticas, sino que se abre paso a través de la improvisación, enhebrando sus relaciones a lo largo de múltiples senderos relacionales. La gambeta deviene así en un trazo vivo y rebelde, un movimiento excéntrico que desordena las superficies pavimentadas del progreso para recordar que el existir es, ante todo, una conversación abierta, colectiva y corporal con el territorio.

El *jogo bonito* y la carne racializada

Esta decolonización del cuerpo encuentra su clímax estético y político en el Brasil del *jogo bonito*, expresión del futebol-arte. Lejos de ser una mera táctica deportiva, el *jogo bonito* se erigió como una epistemología más allá de los lenguajes coloniales, transformando la precisión aséptica e imperial del fútbol inglés en un espacio de fluidez, ritmo y resistencia. Durante décadas, la blanquitud hegemónica condenó a las poblaciones afrodescendientes a un horizonte marcado por el pesimismo colonial, utilizándolos como chivos expiatorios de los fracasos nacionales. No obstante, como lo documentó el periodista Mário Filho en su obra cumbre O Negro No Futebol Brasileiro, la irrupción del cuerpo negro y mulato en los estadios fue un acto de desestabilización. El *jogo bonito* permitió que las corporalidades excluidas por la violencia sistémica se infiltraran en el relato de la nación. Aunque la promesa de una verdadera "democracia racial" teorizada por Gilberto Freyre jamás se concretó y sigue siendo un mito utópico que invisibiliza el racismo estructural, el futebol-arte sirvió como un vehículo indispensable para la aserción de la re-existencia negra. Cuando un jugador negro brasileño danzaba sobre el balón, no estaba jugando para divertir a la élite de las tribunas; estaba reescribiendo la historia con los pies, invocando memorias corporales de capoeira y samba para escapar del grillete invisible del control biopolítico.

Los mártires del sur y la ruptura del sistema-mundo

El sistema-mundo moderno, forjado sobre la sangre del colonialismo y perpetuado por la globalización neoliberal, se organiza a través de una violenta división entre un centro que manda y una periferia que obedece y provee materias primas. Sin embargo, el fútbol sudamericano ha funcionado como un poderoso mecanismo de decolonización del ser, capaz de invertir, al menos durante noventa minutos, la asimetría del poder global. En los Mundiales, la cancha se convierte en un tribunal histórico donde los países de la periferia pueden subyugar a las potencias imperialistas. Figuras como Pelé, Obdulio Varela y Diego Armando Maradona no son meros deportistas; son mártires y guerreros que quebraron la lógica centro-periferia, inaugurando un legado de insurgencia que lastimó el orgullo de las metrópolis. Maradona, en particular, encarnó la venganza absoluta del Sur. La narrativa decolonial nos invita a leer a Maradona no solo como un ídolo plebeyo, sino también como un archivo vivo de una negritud negada en un país estructurado sobre el racismo y la invisibilización de sus raíces afro e indígenas. Maradona fue el exceso que las lógicas higienistas del capital intentaron domesticar a toda costa. Su cuerpo fue

leído por la prensa blanca y la opinión pública burguesa como un cuerpo 'desbordado': gordo, tatuado, adicto e hiperemotivo; un cuerpo que se salía sistemáticamente de los márgenes del buen gusto y la civilidad. Lloraba en público, insultaba a los poderosos, desafiaba a los líderes del norte. Su fútbol y su actitud demostraron que la villa tiene una memoria africana profunda, que el territorio de la calle guarda las huellas de la resistencia indígena y que la pelota, antes de ser un mero objeto de poliuretano, 'también fue un tambor". Su legendaria victoria en 1986 contra Inglaterra, el viejo imperio, no fue solo un triunfo deportivo; fue la justicia poética operando en las fisuras de la historia moderna.

Conclusión: El Canto de los Nadies

Sanar la herida colonial no es un proceso de salón ni un pacto firmado en cumbres internacionales; es un ejercicio de re-existencia encarnada. Si el extractivismo transforma nuestros territorios y cuerpos en zonas de sacrificio para la acumulación capitalista, el fútbol sudamericano, aquel que aún conserva la mugre del barrio y la irreverencia de la calle, persiste como una de las últimas trincheras ontológicas. Esta "re-existencia" se nutre y emerge orgánicamente desde los márgenes, rigiéndose por el imperio de la intuición, el oportunismo vital y la improvisación frente a los estrechos marcos de la ciencia logocéntrica.

El existencialismo latinoamericano nos recuerda que, mientras Occidente se empeña en cosificar la vida y en reducir al sujeto a una hoja de cálculo, la cultura de los nadies insiste en jugar. Ante la profunda fractura histórica que atraviesa el continente, la liberación no es solo política o económica, sino que exige un desprendimiento epistémico y sensorial. Como magistralmente lo plasmó Eduardo Galeano, el fútbol deviene entonces en la "música del cuerpo" y la "fiesta de los ojos"; un acto indómito ante la tecnocracia del deporte profesional que busca imponer la velocidad aséptica y prohíbe la osadía. En este sentido, la herida se sutura bailando sobre el pasto y recuperando el cuerpo de las garras del biopoder.

Esta corporalidad lúdica y desobediente desarticula la fijeza de los mapas coloniales, transformando el barro del potrero en un espacio vivo de co-constitución entre el sujeto, la tierra y el juego. En la gambeta atrevida de un pibe desnutrido, en el jogo bonito que desordena las líneas rectas del colonizador, y en el grito rabioso de un pueblo que celebra el gol contra el imperio, resuena la afirmación de que seguimos vivos. El filósofo Rodolfo Kusch capta a la perfección esta insubordinación vital cuando reflexiona que el jugador del territorio barrial no solo gambetea a su rival, sino que busca "gambetear la vida"; ser "canchero" significa aventurarse a dominar el mundo exterior con astucia para encandilar al opresor, desplegándolo como una especie de venganza popular o revancha estética. Mediante ese puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad, las subjetividades marginadas vuelven a adueñarse de su destino y se niegan a ser absorbidas por las lógicas del progreso hegemónico.

El fútbol, en su forma más pura y plebeya, nos permite arañar el muro de cristal del sistema, recordándonos que no hemos sido vencidos del todo. Es una herramienta encarnada que permite quebrar la rígida lógica centro-periferia, invirtiendo la asimetría del sistema-mundo al ubicar a las naciones subalternas en el núcleo neurálgico de la creación. El fútbol confirma que la cultura popular sigue reclamando su propio cosmos y que, revolcados en el barro del potrero, todavía tenemos la inagotable capacidad de ser nuestros propios dioses.

Esclavos y dioses. Reificación, reconocimiento y fútbol.

Christian Javier Duarte Parra

Una idea relevante que nos dejó la película *El secreto de sus ojos* es que uno puede traicionar a la esposa, pero no al equipo de fútbol. Se podría decir que se está valorando muy poco a la esposa cuando se le compara con un equipo, pero ante esa objeción también se podría decir que se está valorando muy poco al equipo de fútbol al compararlo con una esposa. ¿Cuánto dura un matrimonio, al fin y al cabo? En este texto quiero poner en evidencia dos modalidades de deshumanización, siguiendo la línea de la teoría crítica, y hacer una reflexión sobre el trato que se le da a las cosas, siguiendo una línea posthumanista. Una forma de deshumanización es tratar a los jugadores como simples cosas y como objetos insensibles que no ameritan nuestra consideración o empatía. Sin embargo, la comprensión que considero errónea del problema es pensar que llegamos a ese punto por culpa del fútbol, pues nos hace ver a los jugadores como esclavos con camisetas del color erróneo y deben morir por eso. La solución, entendida así, es asumir una actitud iconoclasta y dejar de prestarle atención a tonterías, pudiendo desmantelar el fútbol porque es una máquina cosificadora. La otra forma, más interesante, es tratar a los jugadores como dioses caídos del Olimpo que merecen billones

de dólares por meter balones en un arco. Finalmente, el otro punto del texto es que no le damos suficiente importancia a las cosas en sí mismas y las tratamos como triviales. En pocas palabras, la cuestión no es simplemente que tratemos mal a las personas cuando las tratamos como cosas, sino que tratamos mal las cosas en sí mismas.

Deshumanización por lo bajo: esclavos modernos

Nadie es racista cuando el jugador negro de nuestro equipo empata el partido al último minuto y todos somos racistas cuando bota el penal que define el título. Pareciera que, más que racismo, por un momento la crítica se da hacia la eficiencia. Tanto que se ha intentado en materia de derechos civiles y resulta que, por 90 minutos, la gente critica a los humanos por circunstancias que pueden controlar, como jugar bien, y no por aquello que no, como su raza. ¡Qué bonito mundo habitamos por un momento! Claro, me van a decir del racismo que sufren los jugadores latinos en Europa y sí, es cierto, pero incluso esa es una estrategia para afectar el partido. Es un racismo teleológico, por así decirlo. Malo, por supuesto, pero de moral hablaremos luego. Lo central por ahora es que se intuye rápidamente viendo un partido que la deshumanización en el fútbol empieza por tratar a los jugadores como cosas inútiles que no hacen su trabajo y eso nos da un punto de inicio.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de "cosa"? Empecemos por la diferencia que existe en el alemán entre Sache y Ding, siendo Sache una cosa que debe su existir a una serie de relaciones sociales complejas y Ding una cosa material (Tairako, 2018). El balón, ding, no pertenece a la misma categoría que el jugador, sache. El concepto de reificación de Lukacs y de los marxistas (en Honneth, 2007) significa que "una relación entre personas [adquiere] un carácter de cosidad (p. 23)". Esto es problemático por muchas razones que no vienen al caso actual, como que la filosofía moderna resulta en una confusión ontológica por una oposición artificial e irresoluble entre sujeto y objeto o que la dinámica reificante de la estructura económica capitalista resulta en explotación y alienación de todos los seres vivos. Conflictos menores. Enfoquémonos en asuntos prácticos. A través del análisis existencial fenomenológico, Heidegger (también en Honneth) trata de demostrar que el acercamiento al mundo desde una posición determinada no es simplemente el de un sujeto cognoscente, sino el de una tendencia hacia su dominio, de modo que la realidad aparece como un "campo de significaciones prácticas" (p. 41). El sujeto reificado es un objeto meramente práctico, desprovisto de significados existenciales, definido por cifras aparentemente neutrales de rendimiento.

Pero esta perspectiva no debería descartarse por completo. Lejos de ser simplemente errónea, resulta muy práctica. Si el entrenador de su selección nacional prefiere convocar a un delantero sobre otro más exitoso porque tiene sentimientos más bonitos hacia los animales, cambien de entrenador cuanto antes. De la misma manera, si deben ser sometidos a cirugía, procuren elegir al psicópata más narcisista que puedan (y hay muchos de donde elegir), porque el cirujano que no los vea como una bolsa de carne mal defectuosa tiene más probabilidades de encariñarse y errar. Para Honneth, la reificación es "una costumbre de interpretación incorrecta respecto de una praxis correcta" (p. 45). La interpretación reificadora sustituye la complejidad de la realidad, lo cual empeora dado que estas interpretaciones incorrectas tienen implicaciones prácticas y destructivas para los sujetos que ejecutan actos orientados por ellas. En este punto resulta relevante argumentar que en esta misma categoría de deshumanización entran las críticas usualmente elitistas sobre el fútbol mismo. La actitud hiper racionalista de que las cosas solo adquieren valor dado su carácter productivo, ya sea económico o intelectual, pierde de vista por completo lo que significa el fútbol.

El fútbol da origen a una curiosa forma de esclavitud moderna: el mercado de jugadores. Es bastante inusual

que en el mundo moderno se les ponga precio a los humanos de una forma tan explícita como en el mundo del deporte. Estimar el valor de un ser humano por sus condiciones físicas parece anacrónico en todas las demás áreas de la ocupación humana. Seamos sinceros, sigue sucediendo y las feministas lo han documentado extensamente, pero al menos se suele disimular mejor. Esto ocurre de formas que hemos normalizado socialmente, como pasa con el evidente tráfico de menores que llegan a las canteras de los equipos de fútbol de mayor nivel. No se puede ignorar que parte importante de la actitud reificadora tiene que ver con asignar valor económico explícito a seres humanos y moverlos entre ciudades y países a edades tempranas para luego dejarlos en la calle cuando se lesionan o envejecen como si fueran animales de circo.

Aquí quiero hacer un paréntesis. El fútbol mismo ha pasado por procesos de reificación. La crítica al fútbol moderno excesivamente defensivo y táctico, en lugar del tradicional jogo bonito, recuerda las palabras de Honneth sobre la República de Weimar, donde "las relaciones sociales daban la impresión de una instrumentalidad fría y calculadora; el amor artesano por las cosas había cedido evidentemente frente a una actitud de disposición puramente instrumental, y aun las experiencias interiores de los sujetos permitían entrever el hálito helado de una docilidad interesada" (p. 7). Podría estar hablando de Hindenburg o de Simeone.

Deshumanización por lo alto: dioses con guayos

Confieso que quería que Francia le ganara el mundial a Argentina. Como había sucedido en el 2018, la selección francesa estaba compuesta por múltiples inmigrantes o hijos de inmigrantes africanos, pero en todo caso por ciudadanos franceses. Me parecía un triunfo simbólico para las aspiraciones antinacionalistas y Milei ya estaba seriamente en el panorama político argentino, así que de paso era un golpe simbólico contra los libertarios. Después me pareció tonto, claro, pero en el momento fue una desilusión. La progresiva transformación de Mbappé en un dictador fue otro golpe anímico, siendo él la cara más visible de esta especie de movimiento antirracista francés. Luego recordé un chiste judío, en el cual un interlocutor le pregunta a un rabino "¿por qué los judíos contestan una pregunta con otra pregunta?", a lo que el rabino responde "¿y por qué no podrían los judíos contestar una pregunta con otra pregunta?". ¿Por qué no podría convertirse en dictador el joven multimillonario con el mejor sueldo del equipo franquista? ¡Porque ha dejado de ser un humano y ha pasado a ser un líder revolucionario que va a abolir las fronteras! Todo eso a través de patear un balón de una forma más eficaz que otros.

Deshumanizar también incluye convertir a alguien en más que humano. El ejemplo evidente es Maradona, pero no por su iglesia. Cuando se le critica de alguna manera, inmediatamente se materializa un argentino para comentar que "la pelota no se mancha", es decir, nada de lo que la persona haga puede afectar su desempeño como futbolista. Una camiseta de fútbol es sagrada y purifica cualquier pecado. La muerte del autor no aplica en un estadio. El error de Woody Allen fue no casarse con la hijastra en una cancha. Podríamos decir que todo esto es fanatismo y ya, pero no es suficiente. Además de lo mencionado de la reificación, podemos introducir nuevas variables en lo que respecta a la manera en la que se justifican las evidentes disparidades sociales y legales que tienen los ídolos. Para Forst (2015), los seres humanos somos seres de justificación y queremos ser reconocidos como tales a la hora de "determinar políticamente una estructura básica para la producción y la distribución de bienes, dentro de una sociedad y más allá de esta (p. 18)". Esto lo lleva a concluir que "aun cuando les falten a las personas las capacidades para hacerlo, corresponde respetarlas como seres autónomos que nunca son solo objeto sino que son sujeto de la justificación" (p. 18). Sin embargo, sucede con frecuencia que "debido a la falta de un concepto sustancialista y para evitar un concepto instrumental de la razón, "racional" solo puede significar "justificado

discursivamente" (p. 21)". Siendo generosos con la idea de discurso, podríamos ver cómo un ídolo se apodera de las pasiones del público e introduce su propia noción de ley. Lo que tenemos aquí es similar a la reificación, pero la actitud hacia los sujetos ya no es la de reducción neutra a objetos y números sino la de una elevación emocional a dioses más allá de los códigos penales.

Siguiendo una interpretación materialista, es fácil ver cómo el fútbol es el deporte más popular del mundo. Prácticamente cualquier cosa es un balón y cualquier cosa es un arco. No requiere herramientas particularmente complejas o estaciones específicas. En ese sentido, en contextos vulnerables o desiguales, esta especie de justificación discursiva a través del fútbol se apodera fácilmente de la fantasía colectiva. Superficialmente, el fútbol da una noción de horizontalidad, en tanto que cualquiera puede jugarlo. Sabemos que no es así, puesto que tener acceso a salarios, entrenadores, nutricionistas y demás recursos hace la diferencia, pero esto solo hace que la gesta de los equipos o jugadores con menos recursos sea aún más gloriosa. Como David derrotando a Goliat con una piedra o como Zuñiga sacando del mundial a Neymar con un rodillazo, el fútbol involucra una enorme cantidad de jerarquías, pero también otorga oportunidades para destruirlas. Como lo fue en su momento la arena de los gladiadores, la cancha de fútbol es una máquina reificadora, nutrida por la sangre de esclavos que aspiran a ser dioses.

¿Quién necesita ser humano, de todos modos?

No hay mejor manera de tratar este tema que con la famosa frase, que puede o no ser de Valdano, que dice que "el fútbol es lo más importante entre las cosas menos importantes". Pues sí, resulta bastante tonto hacerse apuñalar por el color una camiseta (además latinoamericana, Dios nos libre), pero tenemos que reconocer que algo valioso debe tener si tanta gente lo hace. ¿Qué hacer con todo esto? ¿Hay que hacer algo con todo esto, para empezar? Supongamos que no queremos tener la actitud ingenua de los defensores de la reificación y considerar que tratar a un grupo de humanos como esclavos es bueno, pero tampoco queremos tener la actitud pretenciosa de las élites intelectuales, que no consideran cultura algo que tenga más de cinco seguidores. Además, esto nos permite abordar el tema con una reflexión sobre el trato a las cosas.

La "cura" a la reificación que propone Honneth implica el concepto de reconocimiento. Para él, el reconocimiento implica comprender que lo que se puede predicar sobre la realidad se origina en virtud de una experiencia, la cual no puede descomponerse en "elementos emocionales, cognitivos o volitivos" ni puede darse con una distancia existencial o una actitud egocéntrica, sino que se da en una preocupación por el mundo que nos rodea, cargada de afecto y valores propios, de modo que el "significado cualitativo que poseen otras personas o cosas" (p. 56) es necesario para la ejecución de la propia existencia. Honneth (1997) señala que existen componentes afectivos en la base de tres mecanismos de reconocimiento recíproco, a saber, "de la dedicación emocional, que conocemos en las relaciones de amor o de amistad, se distinguen el reconocimiento jurídico y la adhesión solidaria" (p. 116). En este sentido, revela bastante del carácter de las elites con ínfulas de intelectualidad el desdén por el fútbol, pues realmente no hay interés por conocer acerca de lo humano, sino por usar ciertos símbolos culturales como quien se pone una prenda de vestir extravagante para verse interesante. Se hace profundamente antiintelectual desechar el fútbol y demás productos culturales masivos como una banalidad, en tanto que cuentan con una dimensión emocional que prácticamente ninguna otra actividad humana diferente a la religión tiene. En palabras de fanáticos del fútbol, un intelectual de estos es un "pecho frío". Al abrir la puerta a una concepción participativa de la realidad, se abren las puertas también a elementos afectivos, actitudes de apoyo e inclinaciones existenciales que se escapan en una concepción

neutral y “fría” de la misma. La reificación se convierte en una costumbre por la cual el sujeto pierde la capacidad de interactuar con este interés y su entorno “pierde el carácter de accesibilidad cualitativa” (p. 51).

¿Cómo relacionarse con las cosas de una forma no reificadora? Para Latour, el problema también tiene que ver con el dualismo entre sujeto y objeto, pero considera que este es un conflicto eminentemente moderno, de tal modo que

> solo si caemos en la cuenta de que el modo de clasificación moderno nunca se ha correspondido con lo que realmente sucede en el pensamiento y en la práctica y aceptamos que nunca ha reconocido las consecuencias de tales prácticas de clasificación podemos llegar a reconocer los derechos, la autonomía y la agencia [...] del objeto (Lash, 1999, p. xx).

En muy pocas palabras, la propuesta se articularía como una protesta ante una modernidad que olvida reconocer las condiciones históricas de las que surge. Latour parece ver en la antropología aquella empresa capaz de volver a atar el nudo gordiano hecho añicos por la modernidad (Latour, 2007). ¿Cómo se vería articulado este proyecto? Básicamente hablando con todas las cosas, sociales y naturales, a nuestro alrededor dándole a todas las mismas capacidades de diálogo. En la práctica, actuando no como quien busca simplemente conocer fría e impersonalmente leyes naturales, sino como alguien que a través de una actividad interactiva comprende “discursos locales” (Amann y Knorr-Cetina, 1989). Adicionalmente, en la labor de divulgación científica, reconociendo la autonomía de los agentes locales y de sus prácticas implicativas propias (Fuller, 2007).

Referencias

Amann, K. & Knorr-Cetina, K. (1989). Thinking through talk: an ethnographic study of a molecular biology laboratory. Knowledge and Society, 8, 3-26.

Forst, R. (2015). Justificación y crítica: Perspectiva de una teoría crítica de la política. Katz Editores.

Fuller, S. (2007). New Frontiers in Science and Technology. Polity.

Honneth, A. (1997). La lucha por el reconocimiento. Crítica.

Honneth, A. (2007). Reificación: un estudio en la teoría del reconocimiento. Katz Editores

Lash, S. (1999). Objetos que juzgan: el parlamento de las cosas de Latour. Instituto Europeo para Políticas Culturales Progresivas.

Latour, B. (2007). Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica. Siglo XIX editores.

Tairako, T. (2018). Reification – Thingification and alienation — Basic concepts of Marx’s critique of political economy and practical materialsm—. Hitotsubashi journal of social studies, 49(1), 1-28.

En pocas palabras, la cuestión no es simplemente que tratemos mal a las personas cuando las tratadas como cosas, sino que tratamos mal las cosas en sí mismas.

Es puro juego, que es igual a pura vida, que es igual a puro fuego

Pablo Maldonado

Nosotros jugamos por divertirnos.
Nunca vamos a jugar por plata.
Cuando entra la plata, todos se matan por ser estrellas,
y entonces vienen la envidia y el egoísmo.
Declaración de El Veneno,
compañero de Maradona en el equipo infantil El Cebollitas

Hoy en día no se puede separar lo que se ha dado en llamar la industria del fútbol del juego en sí, un deporte que en muchos casos proviene de humildes orígenes y que todavía se practica de manera espontánea en barriadas populares, con balones improvisados. La globalización que nos bombardea con sus autopistas de información hace que aún en el juego más sencillo de barrio los niños jugadores se declaren Messis o Cristianos Ronaldos. Esta

maquinaria económica no me gusta, como tampoco me gustan muchas otras; sin embargo, es una de las más lucrativas del planeta. Mueve cerca de 500 mil millones de dólares, aproximadamente, en entradas, merchandising, venta de transmisión, campeonatos, fichaje de jugadores, videojuegos oficiales, eventos de distinta índole. Los activos de la FIFA, según se afirma, superarían los 6000 millones de dólares. Tanto dinero y poder muchas veces se convierten en un caldo de cultivo para varios males del fútbol: arreglo de partidos, maniobras con entradas, fichaje de jugadores que no son del todo transparentes, grupos mafiosos que gestionan clubes, lavado de dinero, el crimen organizado y personas en sitios de poder aprovechan cada posibilidad en este vasto ecosistema. Si bien las manos mafiosas han empañado a este popular deporte, tampoco los entes oficiales lo hacen mejor, siempre en torno a eventos y negocios relacionados con el fútbol están dando vueltas los buitres de las grandes corporaciones, intereses personales y las mafias.

La máquina de propaganda de esta todopoderosa industria ha conseguido además algo muy interesante, habitantes de todo el globo están pendientes de los distintos campeonatos, pero en particular de la Champions. Esta seduce a millones de aficionados al presentar una concentración inédita de los mejores jugadores del planeta, vinculados a sus planteles mediante millonarias transacciones, en las que Los jugadores son simultáneamente piezas dentro de una maquinaria económica y protagonistas capaces de producir momentos irrepetibles. Antaño los jugadores pertenecían a sus países y sus clubes locales, hoy en día son prestados, transferidos y vendidos, los equipos con más dinero pueden concentrar a los mejores jugadores en sus planteles, Real Madrid, Arsenal, Manchester City, Liverpool y Barcelona son de los que más dinero han invertido en sus filas. Lo interesante es que es tan grande el alcance de estos equipos que podemos ver en el Ecuador enconados hinchas del Real Madrid y del Barça defendiendo con furor al equipo de su corazón.

Entonces recuerdo cuál es la esencia del fútbol: es un juego, debería ser alegría, celebrar y compartir, sin importar el resultado, pero lo olvidamos, o nos hacen olvidarlo, así como olvidamos que esa es la misma razón de estar vivos.

Surfeando en la triste ola en la que se ha convertido el fútbol gracias al pensamiento capitalista que corrompe todo lo que toca, están los magos del fútbol, esos jugadores que llegan a ser celebridades y ante quienes se extiende la alfombra roja, aparecen en las revistas de moda y del corazón, convertidos en miembros de jet set, son asiduos concurrentes de la zona VIP, algunos están obsesionados con su imagen como Cristiano Ronaldo, Neymar o como David Beckham, convertido en símbolo del jugador metrosexual que además confesó sin pudor adquirir 40 pares de calzoncillos a la semana. Podemos ver que Messi y Bad Bunny se juntan para diseñar zapatos de Adidas. Los jugadores ya no son los de antaño, ahora son modelos para seguir por quienes los idolatran no solamente por sus habilidades en la cancha sino por haber logrado el sueño máximo de la sociedad de consumo, coleccionan autos deportivos y viven una vida de glamour y abundancia, de Paris a New York, de Mónaco a Dubái. Eso no evita que decidan eventualmente evadir impuestos, en el fondo son solamente seres humanos hipnotizados por los cantos de sirena del dinero, el poder y la fama, en muchos casos jóvenes casi niños de orígenes muy humildes.

Pero estos chicos hacen soñar, y eso lo saben bien quienes están en lo alto de la pirámide del deporte, saben que hay todo un torrente de amantes, seguidores y fanáticos, y saben aprovecharlo, también se han beneficiado de ese poder de arrastrar masas los políticos y los gobernantes, el dictador Pinochet fue designado "presidente honorario" del Colo-Colo, a sabiendas de que la enorme popularidad del club chileno serviría a la maquinaria de propaganda de su sanguinario régimen. Al otro lado de la moneda podemos ver actos que llaman a la reflexión como el caso en que la Unión Soviética se reusó a participar en un partido que debía realizarse en el Estadio Nacional en Chile, el cual era usado por el régimen militar como centro de detención. O en casos más extremos un equipo ucraniano de prisioneros de guerra desafiando al régimen fascista. Las imágenes del fútbol son poderosas y calan profundo en sus seguidores, esto lo saben claramente las diferentes marcas de artículos deportivos de moda, bebidas y otros productos que usan ese poder de la imagen de los jugadores para posicionar sus productos.

Estos chicos que se convierten en hombres dentro de la cancha hasta que la edad limita sus capacidades traen magia en sus zapatos, se recuerda la ocasión en que en el Bernabéu los aficionados del Real Madrid aplauden a Ronaldinho Gaucho, su verdugo, emocionados ante una actuación magistral que no habla de equipos y banderas, habla de fútbol, o aquella vez, en que abandonando toda lógica, Higuita, arquero de la selección de Colombia, se lanza a realizar su escorpión en el estado de Wembley en Londres. No tengo una estadística de quién de estos magos hizo más goles, ni de premios o campeonatos ganados, no he sido un fiel seguidor del fútbol, ni siquiera distante, entre los ochenta y noventa por contagio, estuve pendiente de los campeonatos mundiales, y lo disfruté. Del rey Pelé y Garrincha escuché mucho, pero los recuerdo apenas, igual de Beckenbauer, no conocí mucho más que el eco de su fama, no están conectado directamente con mis emociones, Sí están, en cambio, Platini, Roberto Carlos, el Dr. Sócrates, Cafu, Goycochea, Maradona, Batistuta, Ronaldo, Matthäus y sus contemporáneos alemanes, el poderoso equipo de la Unión Soviética en el Mexico 86 (estructurado esencialmente por jugadores del Dínamo de Kiev) y que a pesar de una emocionante actuación terminó eliminado, simpaticé también con la Naranja Mecánica y con los Diablos Rojos en algún momento, y siempre con el equipo de Brasil y su juego bonito. Sé que dejo de lado muchos nombres, demasiados jugadores talentosos. Me limito a aquello que conozco y a lo que viene ahora a mi memoria.

Nuestros equipos locales no han podido llegar tan lejos como sus hermanos europeos, pero algún terreno van ganando en los campeonatos sudamericanos, nuestra realidad

es otra, el equipo de la Tri en los últimos años ha logrado mantener modestas y satisfactorias presentaciones en las eliminatorias y en los mundiales, y creo que con ese -no sé qué- que falta podrían ir por más, cuando Aguinaga capitaneaba el equipo estuve, también por contagio, pendiente de las actuaciones de nuestros jugadores, de ahí viene mi mejor recuerdo del equipo, el Tin Delgado, en un partido que no puedo precisar, marca un gol y corre agitando la mano, como cuando un niño hace una travesura y sonríe de igual manera, con la alegría de un niño, entonces se recrea en mi mente la mano de Dios, Maradona, en nombre de un país, cobra revancha por una guerra absurda y brutal de la única forma que se podía, y veo su alegría, una sonrisa de alivio y también de picardía, había que hacerlo, finalmente en un documental de Netflix veo a Ronaldinho Gaucho, que es mi jugador favorito, no sé si es el mejor de la historia, es un mago, como otros sin duda, no sé lo suficiente de fútbol como para defender la idea de que sea el mejor, es el que más me gusta, lo veo ahí, ya cuando había ganado todo y perdido mucho, entrar bailando con sus compañeros a la cancha, y entonces recuerdo cual es la esencia del fútbol, es un juego, debería ser alegría, celebrar y compartir, sin importar el resultado, pero lo olvidamos, o nos hacen olvidarlo, así como olvidamos que esa es la misma razón de estar vivos.

Referencias:

Galeano, E. H. (1995). El fútbol a sol y Sombra. Siglo XXI Ediciones.

Leiva, F. M. (2025, diciembre 6). El partido que no se jugó: Cuando la URSS eligió la dignidad. Pressenza. https://www.pressenza.com/es/2025/12/el-partido-que-no-se-jugo-cuando-la-urss-eligio-la-dignidad/

Más que un club, menos que una nación

Kevin Rodríguez Zamora

Hay una frase que el FC Barcelona lleva décadas repitiendo como si fuera una verdad axiomática: *Més que un club.* Esta expresión representa un importante símbolo del imaginario catalán, que significa en español más que un club tiene implicaciones filosóficamente serias con las que podríamos iniciar con la pregunta que significa ese "más". La pregunta no solo busca producir un enunciado retórico. Si el Barcelona es más que un club, ¿qué es exactamente? Y si la respuesta obvia es "no es una nación", ¿por qué no lo es del todo? El Clásico, el partido entre el Barcelona y el Real Madrid, es el laboratorio donde esa pregunta se pone en juego dos o tres veces por temporada, manifestando una intensidad encarnada en un símbolo cultural que la política ordinaria no termina por determinar. Es necesario reconocer que, cuando hablamos de cultura, resulta fundamental considerar la labor del dramaturgo Pier Paolo Pasolini, quien experimentó y analizó una densidad semiótica en el ámbito de lo futbolístico.

Pasolini publicó en 1971 un breve ensayo llamado *El fútbol es un lenguaje con sus poetas y sus prosistas*, en el que analiza la posibilidad de pensar el fútbol más allá del espectáculo y la industria del entretenimiento. Su tesis es semiótica, el fútbol es un lenguaje, con su gramática, su sintaxis y, sobre todo, sus

estilos. Hay un fútbol de prosa colectivo, sistemático, funcional y un fútbol de poesía individual, improvisado, capaz de perturbar el código con gestos, haciendo referencia al fútbol de los brasileños.

El gol sería el momento poético por excelencia: una fulguración, dice Pasolini, un instante de irreversibilidad. Desde este punto el ensayista franco-italiano abre una pregunta que cuestiona indirectamente su marco de análisis, además de generar aperturas necesarias para comprender el fenómeno del que se trata: si el fútbol es un lenguaje, ¿quién lo habla, y desde dónde?

Simon Critchley plantea en *What we think about when we think about soccer* (2017) que los elementos que reúne el fútbol como posibilidad de sistema de signos en formas no verbales indirectamente lo convierten en una dramática del movimiento. El estadio se convierte en el teatro donde los aficionados no son espectadores sino participantes de una representación que los convoca y los expone. El partido tiene la estructura de la tragedia clásica acción, tensión creciente y desenlace irreversible y el estadio es el único espacio en las sociedades contemporáneas donde la emoción colectiva se permite sin mediación, donde un adulto puede llorar en público sin ser juzgado y unos ultras pueden injuriar varias directrices de los códigos éticos. De esta forma, en su realización el fútbol se convierte en un espacio simbólico que se asume como Realität, es decir, como manifestación de la realidad para nosotros.

Asimismo, esto es lo que Hans Georg Gadamer (2003) llamaría la experiencia del juego en sentido pleno. El error fundamental frente al juego es creer que hay un sujeto que juega. En rigor, es el juego quien juega a sus jugadores, por lo tanto, a sus sujetos, este los incorpora, los somete a su movimiento, los arrastra en una dinámica que no controlan. Así se revela con su propio espíritu, y ese espíritu se impone sobre quienes participan. Lo decisivo aquí es la noción de Selbstdarstellung, la autorrepresentación: el juego no sirve a ningún fin exterior a sí mismo.

El Barça convoca un campo de sentido que excede el fútbol, que moviliza la lengua y la memoria histórica. En ese sentido, es efectivamente más que un club, pero menos que una nación [...] Una nación que necesita al otro para existir no es una nación; es una identidad relacional, constituida en el conflicto y amenazada, paradójicamente, por su resolución.

Aplicado al clásico, esto significa que cuando el Barcelona y el Madrid entran al campo no solo ejecutan un plan, sino que participan de una dinámica que los excede. Las tácticas, los presupuestos, las estrellas compradas en verano entran al juego, pero el juego los transforma. Y es que ese juego carga consigo décadas de historia, de franquismo y resistencia, de títulos robados y títulos merecidos, de Cruyff y de Di Stéfano, de un Estado y una nación que nunca terminaron de ponerse de acuerdo sobre sus propios límites.

Por lo tanto, podemos derivar que el aficionado que contempla el partido en la tribuna o frente a la televisión no llega a ese encuentro desde cero: llega cargando un horizonte de hechos, de fechas, de agravios y glorias heredadas que nunca eligió y que, sin embargo, lo definen antes de que el árbitro pite. Hay aquí una dimensión fáctica e histórica que Gadamer (2003) llamaría Wirkungsgeschichte, historia efectual. La tradición constituye la condición de posibilidad desde la cual el presente puede comprenderse. Se es culé o merengue antes de haber decidido serlo, y eso no es un dato psicológico, es por antonomasia ontológico.

En este tipo de escenarios donde los paralogismos culturales referidos al fútbol se vuelven una tarea necesaria para las herramientas conceptuales de la filosofía actual, para esto me remito al filósofo alemán Markus Gabriel (2019), quien propone que la realidad es una pluralidad de campos de sentido, es decir, ámbitos en los que los objetos aparecen de una manera categóricamente determinada, pero sin abordar la determinación absoluta de estos.

En el caso del clásico, el Real Madrid no sería el mismo objeto en el campo de sentido del madridismo que en el del barcelonismo. Aquí no se trata de que cada campo de sentido manifiesta una propia perspectiva —eso sería relativismo trivial—. Se quiere decir con esto que los objetos aparecen de modo distinto en campos distintos, pero asumiendo la existencia del otro como sustantiva a la propia, esto es una diferenciación ontológica, no subjetiva. Por lo tanto, no existe una perspectiva neutral desde la cual el Madrid y el Barça sean simplemente dos equipos que compiten. Se trata de la coexistencia tensa de dos campos de sentido que son reales, irreductibles entre sí, y que no tienen un horizonte común desde el que sus diferencias puedan zanjarse (Gabriel, 2019). Y aquí volvemos al eslogan con el que comenzamos.

"Més que un club" pone de manifiesto el desbordamiento de lo meramente deportivo hacia lo cultural, lo lingüístico y lo político. El Barça convoca un campo de sentido que excede el fútbol, que moviliza la lengua y la memoria histórica. En ese sentido, es efectivamente más que un club, pero menos que una nación: porque no puede clausurarse en soberanía efectiva, imposibilitando su realización en Estado. Y, sobre todo, porque su existencia depende estructuralmente del adversario (por eso se menciona que la realidad de un campo de sentido es sustantivo al otro): el barcelonismo necesita al madridismo para saber quién es. Una nación que necesita al otro para existir no es una nación; es una identidad relacional, constituida en el conflicto y amenazada, paradójicamente, por su resolución.

El clásico no tiene síntesis posible, simplemente porque no tiene esencia fija. Hay, en cambio, lo que Gabriel llamaría una pluralidad sin cierre: dos mundos que se rozan cada temporada, que se juegan mutuamente, que se necesitan sin admitirlo y producen constantemente una historicidad negativa en el sentido. En ese espacio de necesidad negada —más que un club, menos que una nación— se cifra en algo que excede al fútbol y que, sin embargo, solo el fútbol sabe poner en escena con esa precisión implacable.

Referencias

Critchley, S. (2017). What we think about when we think football. Profile Books.

Gadamer, H. G. (1999). Verdad y Método. Ediciones Sígueme.

Gabriel, M. (2019). El sentido del pensamiento. Pasado y Presente

Pasolini, P. P. (2005). Palabras de corsario. Círculo de Bellas Artes de Madrid

Qué falta nos hace el 10

Paulo Freire

Mi abuelo escuchaba en una radio vieja partidos del Deportivo Cuenca. Debo haber tenido unos 5 años. La radio era a pilas y nuestra tribuna era el corredor viejo de la casita de adobe de los abuelos. Ese fue mi primer encuentro con el fútbol, y, desde ahí, no se fue más. Como todos los wambras de esa época, quería ser futbolista, pero no me alcanzó; así que me convertí en profesor, que para eso sí me alcanzaba. El primer Mundial que recuerdo haber visto completo fue Francia 98, en esa época, como decía Serrat, tenía 10 años y un gato, además de un amor casi indescriptible por el fútbol. Cuatro años después, me recuerdo llorando luego del gol del Nine que nos llevó al primer mundial. Todo eso lo recuerdo ahora, que ya estoy un poco más viejo, pero sigo enamorado del fútbol, aunque no sé si es del fútbol o de la nostalgia del fútbol, ese fútbol del hincha, de partidos a señal abierta, de Cantona pateando un Nazi, de Maradona puteando a la FIFA.

No puedo negar que el fútbol de ahora, el de la tercera década del siglo XXI, es rápido y vendedor; es una máquina de hacer dinero y, por eso, tan insípido. Hoy el fútbol es mucho más cercano a los grandes capitales que a los trabajadores, que al barrio, que a los wambras que juegan en la calle (aunque ya casi no se juega en la calle). Hoy el fútbol es ese amor que no olvidamos, aunque ya no sea el

mismo. O quizá quienes hemos cambiado somos nosotros, que necesitamos del amor como motor del mundo.

Estamos por arrancar el Mundial, o puede ser que ya haya comenzado cuando se publique este texto, y me emociono, pero algo me hace falta, creo que me falta el 10, y no hablo de Messi, que es un Diez, pero no el 10. Me hace falta no necesariamente en la cancha, me basta con las gradas, con un programa de televisión, con saber que está. Me hace falta su palabra, tan latinoamericana, tan teología de la liberación, tan filosofía de la liberación, tan Sur. Necesito todavía ese 10 que gambeteaba las contradicciones, los abismos, las cimas, me hace falta que alguien le meta un gol con la mano al norte global, que se baile a todos sus defensas, que nos haga llorar, que nos haga sufrir. Me hace falta el 10 que no tenía miedo de jugar al filo y desde abajo, porque así jugamos en el Sur, descalzos, sin desayunar, pero con los ojos llenos de amor por la camiseta, la amarilla, la celeste, la verde, la blanca, la que sea, pero nuestra, bien del Sur, bien del páramo, bien de la costa, bien del Amazonas, nuestra como lo es el 10, aunque no te guste, aunque sea contradictorio, pero, hoy, más que nunca, necesitamos del 10 que no traicione a su clase, que no venda su patria, porque en el Sur sabemos que “el mundo es una bola que se vive a flor de piel”.

Necesito todavía ese 10 que gambeteaba las contradicciones, los abismos, las cimas; me hace falta que alguien le meta un gol con la mano al norte global...

Toco y me voy… del barrio

José Martínez

Al igual que el jazz, el tango o el hip-hop, el fútbol comparte una filosofía del margen: todos nacieron en el underground antes de conquistar el centro. Si la música popular brotó de los bajos fondos para narrar las peripecias de la periferia, el deporte más popular del planeta hace lo propio, movilizando pasiones y capitales que desafían tanto la lógica como la ética. En las villas, comunas y suburbios, el talento funciona como boleto de salida y moneda de cambio en la búsqueda de un futuro mejor. Ya lo anticipaba el "Sueño del pibe": la aspiración es siempre ese debut que cambie el destino; o, como canta la Bersuit, la vida se convierte en un baile perpetuo entre el césped y el asfalto.

Sin embargo, persiste una paradoja: aunque el artista o el futbolista logren el ansiado ascenso social, el barrio permanece como una marca imborrable. El paralelismo se define, en última instancia, por la pertenencia: aunque se juegue en los grandes estadios europeos, el barrio sobrevive en el cuerpo, en el estilo y en la memoria del que se fue, confirmando que es, ante todo, un territorio que se lleva tatuado en la piel. Pero si para los artistas y futbolistas hombres el talento es un boleto de salida, para la mujer ese boleto cuesta doble y a veces llega tarde, porque la exclusión que opera sobre el futbolista o el músico pobre es real, pero es una exclusión de una sola variable; la mujer

que crece en la misma villa, en la misma comuna, en el mismo barrio carga con dos: la de clase y la de género.

En el fútbol, esta diferencia se vuelve estructural desde la infancia pues, mientras el niño que patea una pelota en el barrio recibe, en el mejor de los casos, el aliento del barrio, la niña que hace lo mismo enfrenta con frecuencia la indiferencia, la burla o la prohibición. El espacio de la cancha ha sido históricamente masculino no por una razón técnica, sino cultural: el fútbol es una forma de hacerse hombre, de convertirse en el ideal masculino, .la mujer que ingresa a ese territorio no solo compite deportivamente, sino también culturalmente. Su habilidad y talento no son suficientes, debe justificar constantemente su presencia en el espacio masculino por naturaleza.

"Toda la vida es un baile y te pueden bailar, aunque no quieras, lo verás, en una cancha o en un bar": así reza un fragmento de "Toco y me voy", de la banda argentina Bersuit Vergarabat. Esta frase cargada de una densidad poética singular, articula con precisión la tesis central de este artículo: la música, el fútbol y la vida pueden leerse con los mismos lentes. El talento surge del barro, de la periferia; pero, aunque el artista o el futbolista alcancen el ansiado ascenso social, el barrio persiste como marca imborrable en el cuerpo, en el estilo y en la memoria. El barrio es, ante todo, un territorio que se lleva tatuado en la piel, pero no es para ellas únicamente la marca identitaria que se lleva tatuada con orgullo, como puede serlo para el hombre que triunfó, es también el lugar al que resulta más difícil y más peligroso volver. La pertenencia al origen que en el relato masculino suele leerse como lealtad, nostalgia o regreso triunfal, en el femenino se vuelve más complejo, pues volver al barrio podría significar volver a los roles que el talento, la lucha y la perseverancia permitieron suspender

El fútbol y la música son archivos vivos de la memoria popular. Muchas de las canciones que abordan el deporte rey van más allá del marcador: funcionan como crónicas del presente, documentando desigualdades estructurales y la vida de barrio y convirtiendo la cancha en espejo de las complejidades cotidianas. Es por eso que numerosas canciones recurren al paralelismo entre la vida y el fútbol como figura retórica central. En "El crack", de la banda de punk rock chilena Los Miserables, puede detectarse cómo el fútbol se presenta como la única vía de escape de la pobreza, al tiempo que se critica la forma en que la industria devora a los jugadores y los desecha cuando ya no son rentables. Este fenómeno ocurre con inquietante frecuencia en una cultura que privilegia las recompensas inmediatas y empuja hacia la obsolescencia de los méritos: jóvenes estrellas —en muchos casos presionadas por sus representantes— son lanzadas a debutar antes de tiempo, con todos los riesgos que eso conlleva. Basta con examinar el caso de Kendry Páez, joven promesa del fútbol ecuatoriano, cuyo pase fue adquirido por el Chelsea a una edad temprana por la astronómica cifra de veinte millones de dólares. Esa exposición prematura lo colocó ante la fama sin la orientación adecuada, lo que derivó en decisiones desacertadas fuera de la cancha que terminaron afectando su rendimiento dentro de ella. Este caso no es excepcional: a nivel mundial, hay una larga lista de jóvenes estrellas que se estrellaron.

La industria del fútbol, al igual que la industria musical, suele apropiarse de los talentos surgidos del barro, convertirlos en mercancía y contar sus historias bajo la narrativa de la superación individual. Sin embargo, esas historias muchas veces ocultan las condiciones estructurales que hicieron de ese talento una necesidad antes que una elección. El joven que juega para sacar adelante a su familia, la niña que debe demostrar que merece estar en la cancha y el artista que convierte la periferia en lenguaje comparten una misma condición, la promesa de escapar sin dejar de pertenecer.

Por eso, pensar el fútbol desde la música, el barrio y el género permite ir más allá de la cancha, pues permite comprender que cada gambeta, cada canción y cada historia de ascenso social, contiene también una disputa por la memoria, por el cuerpo y por el derecho a imaginar otro destino. El barrio puede ser raíz, identidad y orgullo, pero también puede ser peligro, necesidad y escape. La verdadera potencia del fútbol y de la música está precisamente en recordarnos que ningún talento nace en el vacío y que toda historia de éxito individual lleva detrás un engranaje colectivo de desigualdades, resistencias y pertenencias. Al final del día, la pelota y la canción cuentan lo mismo, la vida es como un baile difícil, donde algunos aprenden a moverse para sobrevivir o para escapar y otros (sobre todo ellas) para demostrar que también tienen derecho a ocupar el centro del campo.

La pertenencia al origen que en el relato masculino suele leerse como lealtad, nostalgia o regreso triunfal, en el femenino se vuelve más complejo, pues volver al barrio podría significar volver a los roles que el talento, la lucha y la perseverancia permitieron suspender.

Cuerpos en arcos de piedra: El fútbol como acto de resistencia y resiliencia

Daniel Montalván Delgado

Este documento lo escribiré en primera persona, entendiendo que implica un alejamiento de las convenciones académicas y estructurales de los artículos investigativos, científicos y académicos. No obstante, creo que pensar el fútbol y la filosofía implica, para mí, hacerlo necesariamente desde el yo, desde la primera persona. Entendiendo que ese Yo es, al mismo tiempo, cuerpo, y este cuerpo (mi cuerpo) es experiencia. Este punto de vista parte del pensamiento de Spinoza, Merleau-Ponty y Deleuze, al poner el cuerpo como el centro de experiencia y conocimiento. En primer lugar, Spinoza mencionará:

> No sabemos lo que puede el cuerpo... Hablamos de la conciencia y de sus decretos, de la voluntad y de sus efectos, de los mil medios de mover el cuerpo, de dominar el cuerpo y las pasiones, pero no sabemos ni siquiera lo que puede un cuerpo. (en Deleuze, 2004, p. 27)

Así mismo, Deleuze (2004) dirá:

> Lo que importa es concebir la vida, cada individualidad vital, no como una forma o un desarrollo

> de la forma, sino como una relación compleja entre velocidades diferenciales, entre freno y aceleración de partículas. Una composición de velocidades y de lentitudes en un plan inmanente (p. 150)

Y, sobre todo, Merleau-Ponty (1993), contribuye con lo siguiente:

> No puedo pensarme como una parte del mundo, como simple objeto de la biología, de la psicología y la sociología, ni encerrarme en el universo de la ciencia. Todo cuanto sé del mundo, incluso lo sabido por ciencia, lo sé a partir de una visión más o de una experiencia del mundo sin la cual nada significarían los símbolos de la ciencia. Todo el universo de la ciencia está construido sobre el mundo vivido y, si queremos pensar rigurosamente la ciencia, apreciar exactamente su sentido y alcance, tendremos, primero, que despertar esta experiencia del mundo del que ésta es expresión segunda (p. 8).

Es así como me posiciono para hablar en primera persona, porque cuando hablo de fútbol, no puedo dejar de pensar en el cuerpo con el que atravesé varias circunstancias, mediadas por el fútbol. Hipócritas serían mis palabras si alejara mi experiencia y el cuerpo del Yo. La

> elección de escribir en primera persona responde precisamente a esta comprensión de la experiencia. No pretendo situarme como un observador externo de los acontecimientos. Por el contrario, reconozco que mi cuerpo forma parte de aquello que intento comprender. Las reflexiones que siguen nacen de la memoria de una infancia compartida con otros niños que, al igual que yo, encontraron en el juego un espacio de encuentro, de aprendizaje y de refugio.

En tal sentido, parto de la experiencia de haber sido un niño de barrio con pocos privilegios, que mi madre y padre (enfermera y militar) pudieron brindarnos — y no queda más que agradecer de corazón por su esfuerzo —. Pensar en el fútbol, inmediatamente me lleva a tener

La calle dejaba de ser calle para convertirse en cancha; las piedras dejaban de ser piedras para convertirse en arcos; el barrio dejaba de ser únicamente un espacio de tránsito para transformarse en un territorio compartido.

una postura sentipensante que responde a la experiencia que tuvimos mi hermano, mis amigos y yo, de construir y consolidar una comunidad de niños, amigos, amigas, vecinos y vecinas unidos por varias cosas, entre las más importantes el fútbol de barrio, a través del cual sobrellevamos varias dificultades.

Entre arcos de piedra, balones en mal estado — muy pocas veces eran nuevos o cuando no había la invención de pelotas de plástico (botellas abandonadas a su suerte) — el fútbol significó un espacio de resiliencia. Vivíamos en el barrio Trigales Bajos (Cuenca, Ecuador), ubicado en la periferia de la ciudad; a media cuadra de la casa, estaba el bosque (que recogió varias historias infantiles), y entre las casas y el bosque había una calle larga (que en su momento fue bautizada como la cancha), que cruzaba 10 cuadras y durante el día era el estacionamiento (y el urinario de choferes y chulíos1) de los buses de la línea 7.

La cancha, esa calle — transitada por las "malas palabras", la orina, la comida, y la basura abandonada — por la tarde-noche, se convertía en nuestro punto de encuentro que recogió miles de historias, llantos, risas, y abrazos. Entre las siete y ocho de la noche, el primer silbido se escuchaba a lo lejos: o era yo, o era el Calinco, o el Alex, o el Conejo, o el Anchichu, o el Kléber, o el Juan, o el Joel, o el Suco, o el Muchín, no importaba quién sea, sabíamos que ese silbido era el llamado para estar en la cancha, para acompañarnos. Tal vez éramos muy jóvenes (o no) para darnos cuenta de que las dificultades (políticas, económicas, familiares, sociales), que nos asaltaban, eran parte de nuestra cotidianidad, eran parte de las familias. Sin embargo, con el inicio del juego, algo se desplazaba. No porque los problemas desaparecieran, sino porque el juego producía temporalmente otras formas de relación con ellos. El fútbol significó nuestro refugio. El fútbol se volvió resiliencia y resistencia4.

1 Los ayudantes de los choferes, que se encargaban de recoger el dinero de los pasajeros.

Durante mucho tiempo pensé que aquellos recuerdos pertenecían únicamente al ámbito de la nostalgia. Sin embargo, al volver sobre ellos desde la distancia que ofrece el tiempo, comprendo que en aquellas tardes ocurría algo mucho más profundo. Lo que estaba en juego no era solamente una actividad recreativa ni una práctica deportiva. Lo que se producía en aquel espacio era una forma particular de habitar el mundo5.

Desde la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty (1993), el mundo no aparece como una realidad completamente dada ante nuestros ojos, sino como una experiencia que se constituye a través del cuerpo y de la percepción. Habitamos el mundo antes de explicarlo, antes de teorizarlo, antes incluso de nombrarlo. En este sentido, la cancha donde jugábamos no existía previamente como una infraestructura deportiva. No estaba delimitada por líneas reglamentarias ni rodeada de graderíos. Existía porque nuestros cuerpos la hacían existir. La calle dejaba de ser calle para convertirse en cancha; las piedras dejaban de ser piedras para convertirse en arcos; el barrio dejaba de ser únicamente un espacio de tránsito para transformarse en un territorio compartido.

4 En Cuenca (y creo que en la mayor parte de la sierra ecuatoriana) siempre ponemos el artículo "el" antes del nombre, así que me permitiré hablar como hablamos aquí, desde donde escribo, reconociendo que es una falta ortográfica.

5 Varios amigos del grupo tenían hogares separados por la gran ola migratoria del 2000 (feriado bancario — dolarización). Otros que no lograron migrar, tenían serias dificultades económicas, por falta de trabajo. Y unos cuantos, veníamos de hogares en el que había una suerte de ausencia paterna y materna, no por elección sino por obligación laboral, su trabajo exigía migraciones internas temporales o turnos rotativos, por lo que crecimos bajo el cuidado de la vecindad. Y quizás ello, nos llevó a consolidar una familia, en el que cada uno conocía la historia del otro. Una amistad que hasta el momento se sostiene.

Pienso ahora que el fútbol de barrio posee una capacidad singular para producir mundo. Allí donde la mirada adulta observa un terreno baldío, una calle estrecha o un espacio residual de la ciudad, los niños y niñas son capaces de descubrir posibilidades. El fútbol inaugura una nueva geografía afectiva y cartografías corporales. Cada rincón adquiere una función, cada obstáculo encuentra un sentido y cada recorrido corporal construye una cartografía que difícilmente puede ser comprendida desde fuera de la experiencia misma.

Asimismo, desde la filosofía de Baruch Spinoza, retomada posteriormente por Gilles Deleuze (2004), los cuerpos se definen no por lo que son, sino por aquello que pueden hacer. Un cuerpo es siempre una capacidad de afectar y ser afectado. Bajo esta perspectiva, el fútbol de barrio puede ser entendido como una red de encuentros capaces de aumentar la potencia de actuar de quienes participan en él. No se trata únicamente de correr, patear o competir. Se trata de los afectos que circulan entre los cuerpos y que hacen posible la construcción de vínculos, amistades y formas de comunidad. Quizá por ello los recuerdos asociados al fútbol permanecen con tanta intensidad en la memoria de quien lo jugó alguna vez. Como señala Castro Párraga (2020), la memoria constituye un elemento fundamental en la construcción de las identidades individuales y colectivas. Los recuerdos no permanecen aislados dentro de cada sujeto, sino que se entrelazan con las experiencias compartidas y con las narraciones que un grupo construye acerca de sí mismo.

[6] Mientras escribo estas palabras, reconozco que nuestros caminos están separados, pero estoy seguro de que, al habitar este espacio de memoria, todos nos recordamos con cariño.

[7] Sé que esta realidad no es ajena a varias realidades de las infancias en Latinoamérica, en especial a aquellas que están marcadas por la ausencia de derechos mínimos para vivir.

En tal sentido, pienso en la memoria del fútbol de barrio como suerte de memoria colectiva, en la cual habitan múltiples cuerpos, voces e historias. Por eso, al volver sobre aquellos espacios, descubro que la calle donde jugábamos conserva una densidad afectiva que excede cualquier descripción física. Lo que permanece no son solamente los lugares, sino las relaciones que allí se construyeron. En el fútbol de barrio, el encuentro precede al juego. Antes del juego, existe ya una comunidad que se reúne, negocia reglas, distribuye equipos y acuerda, aunque sea de manera tácita, compartir un mismo espacio y tiempo.

En este sentido, el fútbol barrial no puede comprenderse exclusivamente desde la lógica deportiva, pues su importancia no radica en la competencia ni en el resultado final del partido, sino en la red de relaciones que se construye alrededor de él. Cada jugador forma parte de una experiencia colectiva que transforma individuos dispersos en un cuerpo común. La amistad, la complicidad y el reconocimiento mutuo aparecen como efectos de una práctica aparentemente simple, pero profundamente significativa.

De esta manera, llego a entender que la comunidad (infantil, en este caso) surgía incluso antes de que iniciara el partido. Surgía bajo el ritmo del primer chiflido, o cuando recorríamos varias cuadras buscando reunir suficientes jugadores, o cuando todos colaborábamos para recuperar la pelota que había terminado en el terreno del vecino enojado. Eran gestos pequeños, casi imperceptibles, pero fundamentales para la construcción de una experiencia compartida.

Desde esta perspectiva, la comunidad no debe entenderse como una estructura estable ni como una identidad fija. Más bien, constituye un proceso que se actualiza constantemente a través de los afectos, porque los vínculos que emergían en aquellos encuentros no dependían de contratos. Dependían de la experiencia de compartir un espacio donde, por algunas horas, las diferencias o igualdades sociales, familiares o económicas parecían quedar suspendidas.

Esta dimensión afectiva-comunitaria puede comprenderse desde la filosofía de Spinoza (2020): los afectos no son simples emociones privadas, sino variaciones en nuestra potencia de actuar. En tal medida, existen encuentros que disminuyen nuestras capacidades y encuentros que las fortalecen. Desde esta perspectiva, el fútbol de barrio puede ser pensado como un conjunto de encuentros alegres (a pesar de los enojos, las rivalidades, y la competencia) que amplían las posibilidades de quienes participan en ellos. No resulta casual que muchos de los recuerdos más intensos de la infancia estén asociados al juego. En aquellos espacios no solamente corríamos detrás de una pelota. Aprendíamos a convivir. El fútbol constituía una pequeña escuela de afectos donde se ensayaban formas de cooperación que difícilmente podían aprenderse en otros contextos.

En este tenor, las reflexiones de Ramalho (2025) resultan particularmente sugerentes. Su estudio sobre fútbol callejero muestra cómo estas prácticas funcionan como espacios de sociabilidad e inclusión, capaces de fortalecer procesos de construcción identitaria entre jóvenes que habitan contextos de vulnerabilidad. Por ello, lejos de constituir únicamente una actividad recreativa, el fútbol callejero aparece como un lugar donde los sujetos reinventan sus relaciones con los demás y con el territorio que habitan. Esto me permite entender, que sin saberlo en la infancia, reinventábamos diariamente la relación con nuestro barrio cada vez que transformábamos una calle común en un espacio de encuentro.

De manera similar, Castro Párraga (2020) sostiene que la memoria individual y la memoria colectiva se encuentran estrechamente vinculadas, pues ambas participan en la construcción de la identidad. Es por ello que, al volver sobre la experiencia futbolera, podemos encontrar y comprender por qué el recuerdo de aquellos partidos permanece asociado a nombres, voces y rostros específicos. En otras palabras, la memoria del fútbol barrial no es la memoria de una actividad aislada; es la memoria de una comunidad que se construye y se reconoce a sí misma a través de experiencias compartidas.

Desde esta perspectiva, cuando habito mi memoria, comprendo que muchos de nosotros no regresábamos a la calle únicamente por el deseo de jugar, sino porque allí encontrábamos un lugar de pertenencia. La cancha improvisada funcionó como un refugio afectivo donde era posible experimentar reconocimiento, complicidad y cercanía: los goles, las victorias, las derrotas, las discusiones, los abrazos, las anécdotas contribuían a fortalecer un tejido comunitario que trascendía los límites del juego sin reglas. Así, cuando afirmo que el fútbol de barrio produce comunidad, no me refiero únicamente a la reunión física de varias personas en un mismo espacio. Me refiero a la producción de una experiencia común capaz de generar memorias compartidas y afectos duraderos.

Pero la comunidad no aparece después del juego como una consecuencia secundaria; emerge en el propio acto de jugar. Se construye en el movimiento de los cuerpos, en las palabras intercambiadas, en las reglas improvisadas y en la confianza que permite a un grupo de niños reconocerse como parte de algo más grande que cada uno de ellos por separado.

Tal vez, es en este punto donde radica una de las formas más profundas de resistencia que ofrece el fútbol de barrio, no porque enfrente directamente las condiciones adversas del entorno ni contribuya a romper las estructuras sociopolíticas y culturales que polarizan la sociedad, sino porque crea espacios donde la vida puede experimentarse de otra manera. En medio de contextos marcados por la incertidumbre, la escasez o la fragilidad, el fútbol de barrio abre la posibilidad de construir vínculos capaces de sostener la existencia cotidiana. Antes que una huida de la realidad, el fútbol aparece entonces como una práctica que teje comunidad.

Referencias

Castro Párraga, J. A. (2020). Construcción de la memoria de un hincha de fútbol a través de los recuerdos. Cambios y Permanencias, 11(1), 1692–1702.

Deleuze, G. (2004). Spinoza: Filosofía Práctica. Fabula Tusquets Editores.

Merleau-Ponty, M. (1993). Fenomenología de la percepción. Planeta-Agostini.

Ramalho, V. S. B. (2025). #futebolcallejero: Culturas sociodeportivas e identidades juveniles urbanas. Sociología del Deporte, 6(1), 67–78. https://doi.org/10.46661/socioldeporte.11808

Spinoza, B. (2020). Ética demostrada según el orden geométrico. Trotta.

De la pasión al sacrificio: el fútbol como religión civil en Autogol de Ricardo Silva Romero

J. Barish

Yo no crecí en una casa con fútbol. El fútbol era un deporte que mi papá veía con mi hermano menor, y la diferencia de edad era muy grande para decir "crecí con fútbol". Además, como buena casa machista, el fútbol era para los "hombrecitos", así que estuve excluida desde el inicio. No lo digo como una queja; simplemente era un territorio que no me pertenecía y por el que tampoco sentía interés.

De adolescente vi algunos partidos de algún mundial —tan poco interés tenía que no sabría recordar cuál—. En la universidad comprendí que el fútbol y la cerveza iban de la mano, así que vi, conversé, aposté, bebí y gané sin saber muy bien cómo.

Hace unos años mi hermano me llevó a un partido al estadio, y yo acepté ir con ojos de antropóloga, porque, claro, el fútbol no me mueve

ni me ha movido nunca, pero sí me interesa comprender los fenómenos sociales que se construyen alrededor de él. Fui al estadio no para encontrar la emoción del gol, sino para observar aquello que ocurría alrededor del juego: miles de personas cantando al mismo tiempo, abrazándose con desconocidos, sufriendo por un resultado que, en apariencia, no modificaba sus vidas y, sin embargo, parecía afectar profundamente aquello que entendían por sí mismos.

En esa búsqueda encontré Autogol (2013) de Ricardo Silva Romero, una novela que me recordó una de las escenas más memorables de El secreto de sus ojos, de Juan José Campanella. En ella, Pablo Sandoval le explica a Benjamín Espósito que una persona puede cambiar de todo: "de cara, de casa, de familia... de novia, de religión, de Dios", pero hay algo que no puede cambiar: la pasión" (Campanella, 2009, 1:11:45).

La frase permite comprender una dimensión fundamental del fútbol: más que un deporte, es una forma de pertenencia. Una pasión capaz de organizar recuerdos, amistades, identidades y lealtades. El equipo no es únicamente un conjunto de jugadores; es un símbolo donde una comunidad proyecta sus deseos, sus expectativas y sus propias narrativas sobre quién es.

En ese sentido, el fútbol puede pensarse como una forma contemporánea de religión civil. No porque sustituya literalmente a la religión, sino porque comparte algunos de sus mecanismos sociales: produce rituales, símbolos colectivos y experiencias de comunión que superan la individualidad.

En Las formas elementales de la vida religiosa, Émile Durkheim sostiene que "la religión es una cosa eminentemente social" y que las representaciones religiosas son representaciones colectivas que expresan realidades colectivas. Para el sociólogo francés, los ritos son formas de actuar que nacen dentro de grupos reunidos y que tienen como función "suscitar, mantener o rehacer ciertos estados mentales de esos grupos" (Durkheim, 1912/2007, p. 192). Aunque Durkheim se refiere al fenómeno religioso, su planteamiento permite pensar cómo ciertas prácticas seculares adquieren una fuerza simbólica semejante: reúnen comunidades, producen emociones compartidas y generan formas de identificación colectiva.

El fútbol es uno de esos espacios. El estadio funciona como un lugar ritual; la camiseta, como un símbolo de pertenencia; los partidos históricos, como relatos fundacionales que se transmiten entre generaciones. La selección nacional, especialmente durante un Mundial, concentra una representación poderosa: convierte una abstracción política —la nación— en una experiencia emocional.

Benedict Anderson explica que la nación puede comprenderse como "una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana". Es imaginada porque "aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión" (Anderson, 1983, p. 3). El fútbol vuelve visible esa comunidad imaginada: millones de personas que no se conocen comparten una misma expectativa, una misma angustia y una misma celebración.

Eso es precisamente lo que ocurre en Autogol. La novela reconstruye un acontecimiento real que marcó la historia del fútbol colombiano: el autogol de Andrés Escobar durante el Mundial de Estados Unidos de 1994 y su posterior asesinato. Sin embargo, Ricardo Silva Romero no escribe únicamente sobre un jugador, un partido o una tragedia deportiva. La novela explora aquello que ocurre cuando un acontecimiento futbolístico concentra tensiones sociales mucho más amplias: la esperanza nacional, la frustración colectiva, la violencia y la necesidad de encontrar explicaciones frente al fracaso.

Más que un deporte, es una forma de pertenencia

Pepe Calderón Tobar, el narrador de la novela, encarna precisamente esa relación absoluta con el fútbol. Para él, la selección Colombia no representa solamente un equipo; representa una promesa. Su fe está puesta en la posibilidad de una victoria que adquiere un significado mucho mayor que el resultado de un partido:

> "El problema es que a mí también se me había pasado por la cabeza que la selección Colombia iba a ganar el Mundial de fútbol de los Estados Unidos. Le había apostado los ahorros de toda mi vida a que llegábamos a la fase final" (Silva Romero, p. 24).

La apuesta de Pepe es reveladora porque no es únicamente económica. Apostar los ahorros de toda una vida implica depositar algo de sí mismo en ese acontecimiento. El Mundial aparece como una promesa de redención, como la posibilidad de que una comunidad pueda reconocerse en el triunfo.

Por eso su afirmación posterior resulta significativa:

> Puedo decir, en fin, que siempre he creído que no ha vivido de verdad quien no ha sufrido por su equipo del alma. Debo confesar que no entiendo qué hace en sus ratos libres la gente a la que no le gusta el fútbol. Y tengo que reconocer que ver goles es la vida de mi vida (Silva Romero, 2013, p. 28).

La expresión "equipo del alma" no es casual. El lenguaje de Pepe está cargado de resonancias religiosas: la pasión futbolística aparece como una forma de entrega, de sufrimiento y de sentido. El fútbol no es una actividad que realiza; es una dimensión desde la cual interpreta su propia existencia.

Pero esa misma intensidad que produce comunidad también puede producir violencia. La novela muestra el lado oscuro de las pasiones colectivas: cuando un símbolo compartido fracasa, aparece la necesidad de encontrar un responsable.

El autogol de Andrés Escobar deja entonces de ser entendido como un accidente deportivo y comienza a adquirir un significado moral. La pregunta ya no es solamente qué ocurrió en el campo de juego, sino por qué una sociedad necesita transformar un error en una explicación de sus propias frustraciones.

René Girard permite comprender este desplazamiento. Para el filósofo francés, las comunidades pueden enfrentar sus tensiones mediante la identificación de una víctima sacrificial. La violencia aparece acompañada por una convicción: quienes persiguen a la víctima creen actuar justamente, porque necesitan construirla como culpable. Como señala Girard, esta perspectiva es engañosa porque "los perseguidores están convencidos de la legitimidad de su violencia; se consideran a sí mismos justicieros; necesitan, por tanto, víctimas culpables" (Girard, 1986, p. 15).

En Autogol, esa lógica aparece desde las primeras páginas:

> Alguien me dijo << Pepe: a ese desgraciado la van a matar>>. Otro se apresuró a aclarar <<no matan a nadie por eso>>. Ninguno en ese infierno imaginaba que yo no volvería a hablar jamás ni mucho menos que empeñaría en ser el asesino (Silva Romero, 2013, p. 13).

La cita revela algo inquietante: la violencia ya está presente antes del asesinato. No aparece como una decisión individual aislada, sino como una posibilidad que circula dentro de un ambiente donde el fracaso deportivo ha adquirido una dimensión intolerable.

Pepe no comienza siendo un asesino; comienza siendo un creyente. Su tragedia consiste en que la misma pasión que le daba sentido termina deformándose hasta convertirlo en alguien capaz de justificar la destrucción del otro:

> Supe además, con una claridad que no he vuelto a tener desde ese momento, que algunas personas tienen que morir. Definitivamente tienen que morir. Miré a Escobar sin pestañear, con aquel odio que se me había vuelto un paso a seguir (Silva Romero, 2013, p. 302).

La frase muestra el momento en que la víctima deja de ser vista como persona y se transforma en una necesidad. Escobar ya no es Andrés Escobar, sino aquello sobre lo cual Pepe proyecta la causa de su propio fracaso.

Sin embargo, uno de los aspectos más profundos de la novela no está solamente en la violencia, sino en la relación entre fútbol y lenguaje. Pepe Calderón Tobar es un comentarista deportivo: su identidad está construida alrededor de la narración. Su trabajo consiste en transformar un juego en una historia, explicar lo que ocurre y darle sentido mediante la palabra.

Por eso la pérdida de su voz resulta simbólicamente fundamental. El autogol no solamente destruye una expectativa deportiva; destruye también la capacidad narrativa de quien intenta explicarlo.

> El momento del partido queda reducido a una repetición obsesiva:"¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! ¡Autogol! No había otra palabra en ese mundo hirviente" (Silva Romero, 2013, p. 338).

La palabra deja de explicar y comienza a perseguir. El lenguaje ya no organiza la experiencia, sino que queda atrapado en ella.

Aquí resulta iluminadora la reflexión de Paul Ricoeur sobre la identidad narrativa. Para el filósofo francés,

> la persona, entendida como personaje de relato, no es una identidad distinta de sus experiencias. Muy al contrario: comparte el régimen de la identidad dinámica propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada (Ricoeur, 1996, p. 147).

Pepe es un hombre construido por relatos. Su identidad depende de las historias que cuenta y de la historia que intenta comprender. Pero el autogol rompe esa estructura: aquello que debe narrar es precisamente aquello que no puede comprender.

La pérdida de la voz es la expresión más evidente de esa fractura: "Asesino, asesino, asesino —gritó la misma boca hedionda que trataba de morderme—: tú sabes que fuiste tú el que lo hiciste. Yo no podía decirle nada. Ya no tenía palabras en la boca. Yo no hablaba" (Silva Romero, 2013, p. 336).

El hombre que construyó su vida alrededor de la palabra queda condenado al silencio. La novela muestra así que una tragedia colectiva también es una crisis del relato: cuando una comunidad no puede aceptar el azar y la fragilidad, intenta reemplazar la incertidumbre con una explicación absoluta.

Finalmente, Pepe recupera la capacidad de nombrar:

Eran las 3:13 am del lunes 4 de julio de 1994 cuando recuperé la conciencia. Fui capaz, al fin, de nombrar en la mente lo que estaba viendo: una ventana larga, un televisor que solo transmite puntos de todos los grises, una hija que trata de resolver el jeroglífico del periódico del día anterior... (Silva Romero, 2013, p. 348).

Volver a nombrar es volver a construir una relación con el mundo. Después del trauma, el lenguaje puede regresar, pero ya no como una forma de justificar la violencia, sino como posibilidad de comprenderla.

Autogol revela una paradoja profunda del fútbol: aquello que une a una comunidad también puede convertirse en aquello que la divide. La pasión produce identidad, memoria y pertenencia, pero puede volverse peligrosa cuando exige culpables para sostener sus propias ilusiones.

El fútbol funciona como una religión civil porque ofrece símbolos capaces de reunir a una comunidad; pero la novela de Ricardo Silva

Romero recuerda que toda forma de fe colectiva contiene también un riesgo: convertir una derrota en una culpa, y una persona en un sacrificio.

Referencias

Anderson, B. (1983). Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. http://www.columbia.edu/cu/spanish/courses/spanish3330/2nacion/anderson.pdf

Campanella, J. J. (Director). (2009). El secreto de sus ojos [Película]. Haddock Films; 100 Bares; Tornasol Films

Durkheim, E. (1912/2007). Las formas elementales de la vida religiosa. Editorial Schapire

Girard, R. (1986). El chivo expiatorio. Anagrama

Ricoeur, P. (1996). Sí mismo como otro. Fondo de Cultura Económica

Silva Romero, R. (2013). Autogol. De Bolsillo

el fútbol puede pensarse como una forma con- temporánea de religión civi

banco del austro
CHUBB
Seguros

Entrevista a Esteban Michelena

Por Diego Jadán-Heredia

«Muchos intelectuales no han llegado a entender que el fútbol es un arte efímero (...) no fueron tocados por el ángel del fútbol y no tienen la sensibilidad para hallar una estética en un suceso efímero»

Esteban Michelena, Quito-1963. Suma 37 años de trayectoria en los que, partiendo de la crónica y el reportaje, arribó con éxito a la ficción; con historias de su territorio literario, Esmeraldas. Con relatos del fútbol ecuatoriano ganó tres veces consecutivas el Premio Nacional de Periodismo Jorge Mantilla — El Comercio. Animal de graderío (2006), El no lugar de nuestros héroes (2007) y El MC de las tinieblas (2008). Desde esas experiencias construye sus cuatro novelas: Atacames tonic, No more tears, El pasado no perdona y Enmanuel Neymar, el Ariete de la Selva; novela infantil tributo a los héroes de la pelota. Parte de su obra periodística fue publicada en una antología, Pase al vacío.

Mientras el mundo vuelve a girar alrededor de un Mundial de fútbol, quisimos conversar con alguien que ha dedicado buena parte de su vida a narrar aquello que ocurre más allá de la cancha: los barrios, las memorias, las derrotas, las esperanzas y los héroes cotidianos que el fútbol produce. Esteban Michelena aceptó la invitación con la generosidad y la calidez que lo distinguen. El diálogo tuvo lugar el 17 de junio de 2026, una fecha especial para él: ese mismo día nació su nieto Amaru. Quizá por eso, junto a las reflexiones sobre el fútbol, aparecen también en estas páginas preguntas sobre la infancia, el futuro y el país que heredarán las nuevas generaciones.

En una de tus crónicas dedicada al histórico empate 2-2 entre Ecuador y Argentina en Buenos Aires por la Copa América de 1983, inicias con la frase: «Entonces, éramos felices con poco»; la historia del fútbol ecuatoriano suele narrarse como una historia de progreso: profesionalización, clasificaciones mundialistas, reconocimiento internacional; el fútbol aparece como uno de los pocos ámbitos donde existe una sensación compartida de progreso y realización colectiva, ¿qué tan real es esta narrativa?

Es cierto que el fútbol ecuatoriano ha experimenado un progreso importante, un auténtico salto hacia adelante. Si uno mira su historia hasta finales del siglo pasado, encuentra

una sucesión de fracasos, frustraciones y excusas, sin que se lograra dar aquel paso tan anhelado hacia una primera clasificación mundialista. El verdadero salto cualitativo se produjo cuando ese objetivo dejó de ser una aspiración y se convirtió en un resultado tangible. La clasificación al Mundial de Corea-Japón 2002 puso fin a una espera de más de setenta años.

Este salto tiene valores muy interesantes a subrayar. Cuando Dušan Dražković llega al país [a finales de los años ochenta], hace un cambio radical: inicia una preparación científica y de vanguardia del futbolista afroecuatoriano. Aunque el futbolista afroecuatoriano ya tenía una historia importante -desde figuras surgidas en Emelec y en el Nacional, entonces llamado Mariscal Sucre, con aquella primera «muralla negra»- fue Dušan quien impulsó una incorporación más sistemática y profesional de sus cualidades atléticas y de su talento. Los primeros resultados de ese proceso se hicieron visibles en la Copa América de 1993, cuando Ecuador alcanzó el cuarto lugar. Al mismo tiempo, futbolistas como «el Tanque» Hurtado comenzaron a consolidarse como referentes capaces de encarnar y materializar las aspiraciones de todo un país. Por eso puede afirmarse que hubo un crecimiento real del fútbol ecuatoriano: un progreso tangible, respaldado por resultados concretos y no únicamente por percepciones. Los hechos están a la vista.

Y, sin embargo, parecería que ciertos fenómenos no han cambiado en todos estos años; me refiero a que Ecuador es un país atravesado por tensiones regionales, étnicas y de clase y parecería que el fútbol, ciertamente ayuda a construir una identidad nacional pero ese amor a un equipo, a un club, a la selección nacional, suele ser muy frágil porque fácilmente aflora el racismo.

Es muy interesante el tema que tocas porque sí hay aquello de «subirse a la camioneta de la Selección»; si le va bien, todos nos ponemos la tricolor, nos pintamos la cara, celebramos el pertenecer a un país. Y justamente en este punto existe una primera paradoja muy complicada: nos representa un grupo étnico que es justamente uno de los que ha sufrido el silencio, la distancia y la negación de nosotros como país y esto tampoco es una simple percepción.

O sea, cuando consideras que en la provincia de Esmeraldas, se abre la primera universidad apenas en los 70 del siglo XX y en Quito hace 500 años, entonces no es posible sino la sensación de negación, de invisibilidad. Y, sin embargo, la población afro, históricamente, ha ayudado, aligerado, alegrado a un país que hasta el momento le sigue dando la espalda.

Ese es un conflicto, una tensión muy fuerte, cuando se pudo haber hecho muchísimo más desde hace mucho tiempo atrás, para que Esmeraldas sea la capital del estudio de la ciencia del deporte; y también la capital del estudio de la ciencia del desarrollo del petróleo, porque de esos territorios sale el recurso que nos enriquece pero que a esa provincia solo le deja contaminación.

Hay cifras, todavía por corroborar, que dicen que al Chocó le queda apenas el 3 % de cobertura forestal. Yo navegué todas esas zonas varias veces -que son el escenario de Enmanuel Neymar. El ariete de la selva- y era el paraíso; o sea, si hay una versión terrenal del paraíso, esa es una, tan bella como los sitios más bellos del Caribe, con agua transparente; y, de pronto, les talan la selva, les pudren los ríos. Son pueblos cazadores, recolectores, pescadores y agricultores. Cuando migran a la ciudad es como si nosotros migráramos a la luna en busca de trabajo. Seguramente nos tomaría mucho tiempo aprender qué necesitamos para sobrevivir allí. Mientras tanto, esta población ha soportado el peso de la pobreza extrema, la miseria y siglos de abandono histórico.

Entonces es una locura. Si durante décadas los gobiernos miran hacia otro lado y permiten que Esmeraldas sea tomada por algunas de las industrias más perversas del planeta,

tenemos un alto grado de responsabilidad. No es posible que un niñito compatriota nuestro tenga dos opciones: la pelota o ser reclutado por la mafia; o sea, harta pelota o harta bala.

Una de las virtudes de tu trabajo literario y periodístico es que no te limitas al fútbol profesional o el de las grandes ligas sino que te interesa el fútbol que no tiene los reflectores encima, el que no le interesa a las grandes marcas, el que es mirado por «desempleados, familiares y heladeros, en la canchita de barrio adentro», dices en una de tus crónicas. ¿Crees que hay diferencias importantes en cómo se vive el juego en esos espacios o se replican a escala menor los mismos dramas?

Es muy lindo el punto que sugieres porque tú y yo hemos visto, cuando vamos a la playa, la felicidad que puede proveer una pelota. Con una pelota, un espacio de tierra, dos cocos, dos piedras o dos fundas ya tienes una cancha, un escenario para soñar. Sueñas que vas a ser un «Niño Moi» [Moisés Caicedo] o un «Pachito» [William Pacho], y solo la posibilidad de soñar ya te consuela la dura vida que tienes mientras no estás jugando pelota. Por supuesto, no son los únicos, he oído contar a Cavani las condiciones extremísimas en las que empezó; lo mismo a Batistuta, gran goleador que era nuestro terror, que cuando estaba en la concentración de su primer equipo, tenía que abrir la funda de papitas fritas con tal tino para que no suene y que el vecino de arriba no se entere y no le pida que le comparta.

En eso coincido con algunos expertos, esas condiciones son las que luego se transforman en el hambre de gloria, de realización, de felicidad. Finalmente, todo empieza porque ellos son felices haciendo eso. Luego, sus virtudes atléticas, profesionales, su entrenamiento, su dedicación y una determinación muy radical, son la fórmula para que logren jugar en las mejores ligas del mundo. Hay que decirlo, también, esto sucede muy poco, muchos chicos se pierden antes de hora, de cien llegan cinco, no es que sea una opción laboral real para una etnia. También, alguna vez vi a un niño, que no tenía habilidad con la pelota y que vivía en la calle, llegar a la Fundación Iván Hurtado, donde trabajé mucho tiempo de voluntario, con un molón de roca en la mano, a golpear sus puertas y exigir techo y comida. Una criatura no puede tener una roca, un cuchillo, una pistola en su manito, debe tener un balón, un libro, un muñeco, un helado, un raspado, algo que le dé alegría.

Muchos de tus ensayos los dedicas a mostrarnos la vida de algunas de las figuras del fútbol ecuatoriano, sus historias casi siempre son dramáticas, es decir, o llegaban a ser destacados futbolistas con reconocimiento o hubieran tenido una vida muy precaria. Tu mirada al contexto es fundamental para comprenderlo. ¿Qué nos dice la vida de esos jugadores acerca de las promesas y contradicciones de la sociedad ecuatoriana?

Alguna vez escribí un ensayo para la Revista Diners, «Hombres sin plan B. Los negros en el fútbol ecuatoriano», que se refiere, a que, en realidad, o le pegas a esa o no hay plan B. Recién, por otra de mis aficiones, estuve cubriendo el rally que pasó por la provincia de Imbabura y a los años volví a Ambuquí, en el valle del Chota, tierra cañicultora, de los ovos, y de figuras como Ulises de la Cruz y «el Tin» Delgado, de estos grandes protagonistas, pioneros, que abrieron el camino; y cuando ves el nivel de pobreza de estos territorios te preguntas ¿por qué los hemos empujado tanto hacia el margen?

Este escenario dramático te relata cómo es posible que estos chicos que han sufrido la exclusión desde su propio Estado, desde su propia nación, no hayan sucumbido en el intento; es decir, si creces sin salud, sin oportunidades de cultivarte intelectualmente, sin ninguna oportunidad, salvo la que tú mismo te generes en un entorno que todavía cada vez es más apretado, es más cerrado, estos chicos tendrán, finalmente, una memoria que suma a su memoria competitiva que se dirá: «si sobreviví al hambre, sin duda puedo fajarme una Eliminatoria». Sí pasan esas historias, son los héroes de la épica cotidiana.

Pensaba en las historias que has contado sobre futbolistas ecuatorianos, pero también en figuras como Juan Gabriel, Héctor Napolitano y Willie Colón, a quien dedicas una de tus mejores crónicas «Willie Colón. Mi barrio es el mundo». Muchas veces las personas no se identifican con quienes triunfan simplemente porque son talentosos, sino con quienes logran sobreponerse a circunstancias difíciles. ¿Crees que lo que admiramos en esos personajes es el éxito mismo o la capacidad de resistir y transformar la adversidad, esa épica cotidiana, como tú mismo dijiste?

Está chévere el tiki-taka en esta conversación. A ver, ¿por qué amamos a Rocky Balboa? Porque es un chico de descendencia italiana, marginal, de barrio, que un día dice «voy a ser campeón», y ves cómo se va forjando un campeón en lo precario; entrena en un frigorífico, corre por el mercado. Es el ídolo de los caídos, porque si eres un migrante marginal en un barrio de Nueva York o Filadelfia, no eres más que un caído, o eres un próximo caído. Este ejercicio de sobrevivencia, de alguna manera, innata o tácita, nos dice que nosotros también podemos hacerlo; además, no te olvides del fuertísimo componente aspiracional que tiene el fútbol. Fíjate, cuando va un compatriota a España, la segunda o tercera cosa que hace, si no la primera, es hacerse hincha del Real Madrid, porque tiene que filiar, integrarse, hasta camuflarse, esconderse en una masa de personas que muchas veces le son hostiles; en el caso de nuestros chagras, que vienen a estudiar en la Universidad Central, se hacen hinchas de la Liga [Liga Universitaria de Quito].

Como seres humanos nos gusta el héroe y buscamos un héroe en donde proyectarnos. Entonces, al hincha de Liga, la Liga le da estatus; su componente étnico es distinto que el del Aucas que es el refugio del sur de la Capital. Boca en Argentina tiene miles de hinchas bolivianos, paraguayos y peruanos, porque logró ser el refugio de las personas que quieren llegar a un sitio, tener una pertenencia. Barcelona, en cambio, da pertenencia a un populacho maravilloso, te juro que tiene hinchas hasta en Cotopaxi; qué te dice el Barcelona: eres pueblo, eres pata al suelo, eres de la barra, de los que no somos guapos, bellos ni fitness, eso somos nosotros; me veo al espejo y veo que me parezco más a ese que al gringo que nunca seré, al nórdico que nunca seré; el Barcelona y el Aucas tienen unos pesos específicos muy chéveres.

«El fútbol es la última religión del universo. Y los dioses reinan desde la grama», es una frase de Javier Marías que citas en una de tus crónicas. Luego podemos hablar del juego como religión, me interesa más pensar en sus dioses. Pienso en Pelé, Garrincha, Sócrates o en Diego Maradona (Benedetti llegó a afirmar que Maradona era «la única prueba fiable de la existencia de Dios»), dioses muy distintos de los actuales, Messi, Cristiano Ronaldo, dioses que son mercancía. ¿Qué transformaciones ha sufrido nuestro panteón de dioses del fútbol?

Creo que este Mundial, si no es el último, sí es uno de los últimos, donde se podrá ver realmente a los mejores futbolistas, donde se asistirá con reverencia al estadio, no como si fuera una Kermés, porque ahora los héroes son sujetos de una fabricación de la industria. Cristiano Ronaldo es el ejemplo del atleta 24-7, el ángel con abdominales y músculos. Tú ves a Messi, un jugador muy inteligente, un crack desmesurado, un fuera de serie, pero también un señor súpercorporativo, la realización de un intelecto y un plan de vida muy cercano al sentido, al poder y al alcance del poder de la FIFA. Diego Maradona era un contestatario muy avispado, se iba contra los poderes, pero también funcionaba en torno a los poderes. Era un contestatario radical, ciertamente, es decir, no creo que haya sido guionizado para decir: «la pelota no se mancha».

Entonces, ese panteón, sin duda, será distinto. Podríamos poner un paralelo en el ámbito del rock. En su panteón ocupan un lugar importantísimo Jimi Hendrix, Led Zeppelin, Deep

Purple, los grandes del rock and roll; y ahora, en cambio, la industria te saca figuras efímeras y con plazo de vigencia, con caducidad premeditada. Si volvemos al fútbol, te das cuenta de que sí hay un cambio, porque no habrá otro Garrincha, un ser tan chiflado, un jovencito que desde que tenía 10 años bebía y fumaba cigarrillo y que, sin embargo, llegó a héroe, Pelé es un héroe, el mismo Diego es un héroe, los que engrandecieron al fútbol y lo convirtieron en la industria billonaria que ahora es. Nunca más habrá un «Zapatón» Klínguer, delirante, chiflado, loco. A propósito, la crónica que está en Pase al vacío (2010), «El último pase al vacío del "Zapatón" Klinger», tuvo la suerte de ser reconocida como una de las mejores crónicas escrita en español.

Son héroes que luchan todo el tiempo por no volver a caer ¿te imaginas lo épico, lo romántico, lo delirante que es eso? Difícilmente el fútbol terminará con CEOs de capitanes en el campo, vas a necesitar figuras más bizarras, más cotidianas. Prefiero diez mil veces a Maradona antes que a un atleta hecho por computadora. Me quedo con Pelé, con Garrincha. Pienso en la soledad y en la muerte infame de Garrincha: ¿cómo puede morir tan solo un genio? Pero ocurre. También los genios mueren así.

Pensemos en el fútbol como religión. A lo largo de la historia, varios filósofos han sostenido que los seres humanos son animales simbólicos que inevitablemente construyen mitos, rituales y objetos de devoción. Si el fútbol es una religión, ¿qué es exactamente lo que veneramos cuando entramos a un estadio?

Esto es una novela. Alguna vez conversaba con un psicólogo y periodista deportivo, Nico Ceballos, cercano a Boca y a quien mando un abrazo. Nico me recordaba que la iniciación en el fútbol suele venir de la mano del padre o del abuelo, que te llevan al estadio cuando apenas estás empezando a ser niño. Con cinco o seis años te llevan a una Bombonera repleta, a un Monumental de Barcelona lleno o a un Atahualpa ardiendo a las doce del día bajo este sol afroandino.

Entonces se produce una transmisión casi genética de memorias, afectos y pasiones. Te inicias en el mundo del fútbol y te encuentras con un estadio lleno de locos: murgas, trompetistas, tamboreros, todos alentando algo que es casi un intangible, unos señores que juegan fútbol y se hacen goles. Y uno se embarca en esa película, en ese thriller, mientras exista la posibilidad de un gol.

Así, asumes de tu padre ese vínculo con la pelota y con el mundo del fútbol. Es algo que tranquilamente adquiere una dimensión sagrada y, por lo tanto, quienes están en la cancha se convierten en portadores de todo aquello que anhelas. Si anhelas gloria, coraje, la capacidad de caer y levantarte, te proyectas en el tránsito del héroe sobre el campo. Lloras cuando falla, le recriminas cuando yerra por tonteras y celebras como propio cuando triunfa. Llegas a niveles de excitación extremos; de hecho, hay gente que ha muerto en un estadio.

Ahí aparecen esos nuevos santos o divinidades que, creo, están en peligro de extinción después de mundiales como este y del que anuncia el señor Infantino, que no debería acercarse a una pelota -habría que pedirle al FBI una orden de alejamiento de cien metros de una pelota, un coco, una funda de basura o cualquier cosa que se le parezca-. Él quiere un Mundial que sea una kermés y en el que, en letra pequeña, apenas se anuncie que también se jugará fútbol.

Una de las crónicas que más me gustó la titulaste «Nos están robando el fútbol». Aunque allí reflexionas sobre el fenómeno de las barras bravas y la violencia, al leer ese título pensé inmediatamente en otra amenaza: la creciente mercantilización del juego y el poder de instituciones como la FIFA. Te lo pregunto porque Bolívar Echeverría sostenía que espacios como la fiesta, el arte y el juego permiten interrumpir la lógica ordinaria de la vida y abrir experiencias comunitarias

sostenidas por el azar, la creatividad y la destreza humana. Por tu último comentario parecería que crees, como yo, que la FIFA nos está robando el fútbol.

Subrayo lo que tú dices: Infantino nos está quitando el fútbol, se lo va a cargar. Mira lo que ocurrió con el boxeo. En los años sesenta y setenta existía una referencia clara: la Asociación Mundial de Boxeo que luego derivó en la Comisión Mundial de Boxeo; y como el negocio era bueno comenzaron a multiplicarse los organismos y los títulos. Cuando expandes un negocio sin ningún control de calidad, terminas matándolo. Y eso fue lo que pasó con el boxeo. Muhammad Ali, Joe Frazier y George Foreman fueron héroes de una dimensión comparable a la de Garrincha. Había en ellos talento, coraje, locura y una profunda conexión con la realidad de su tiempo. Después de esa generación nunca volvieron a aparecer figuras de esa magnitud. El último fue Mike Tyson. El último de los grandes.

Un artículo cortito pero muy lindo es el que dedicas a la historia de la frase «¡Al empate, Calceta!» Un dicho popular que muestra una especie de irracional optimismo que caracterizaría al espíritu del hombre de campo manabita. ¿Qué nos dice esa historia sobre la relación entre el fútbol y la esperanza? ¿Hay una forma de optimismo que no depende de la probabilidad de éxito?

Yo vuelvo a esa necesidad de creer que tiene el hombre. El ser humano, intrínsecamente, en su alma, en su espíritu, en su cuerpo, está permanentemente soñando algo que puede ser o no conseguido. Cuando un equipo te mete once goles y el tuyo mete uno y respondes: «al empate», eso es una caricatura, esa nota de reírse de uno mismo. A pesar de que hay dolor, hay caricatura y humor. Cuando la cosa está muy adversa y sabes que lo más seguro es que no va a ser posible, qué bueno poder reírnos, pero también es la necesidad de soñar; como dice la hermosa frase de Julio Cortázar, la esperanza le pertenece a la vida, es la vida misma defendiéndose.

Pero claro, la esperanza desgasta, te cobra, porque llega la hora y capaz que no lograste lo que querías, pero te mantiene vivo. Lo que es muy interesante porque si pierdes la esperanza, ahí sí eres prácticamente un hombre muerto; perdiste la capacidad de tener un sueño pequeñito, un pretexto, una oportunidad por la que luchar, por la que levantarse cada día.

Autores como Borges, Wilde, Savater despreciaron el fútbol, mientras otros como Camus, Fontanarrosa, lo han elevado a la categoría de arte, motor de identidad (recuerdo la frase de Pasolini: «El fútbol es la última representación sagrada de nuestra época. El último gran rito que nos queda») o Eduardo Galeano que encontró en él una fuente inagotable de relatos. ¿Crees que esa división refleja distintas concepciones de la cultura o, más bien, distintas maneras de relacionarse con lo popular?

Seguro es más bien lo segundo, Diego, porque, a pesar de que apenas nuestro fútbol empezó a ser rentable, un montón de académicos se volcaron a pensar en él, ha habido una distancia con el mundo de la academia y la intelectualidad porque, como dice Marcelo Bielsa, el fútbol es un acto primero y fundacionalmente del pueblo. El fútbol es el que va a la General y sueña con que su equipo va a ganar y ser campeón, lo que le arreglará el fin de semana. Cuando un devoto hincha del Aucas va a ver a su equipo, él anhela desde lo profundo de su alma salir eufórico y llegar a casa y comprarse dos cervecitas, abrazar a la esposa y decir «ganamos», eso es muy lindo y eso no siempre es del agrado del intelectual; es como la música popular, recuerda que el mambo, el son, el bolero, la misma salsa, el merengue, no se diga el reggaetón han sido vistos con una distancia sancionadora y esa es música del pueblo. La rocola cómo va a merecer ser pensada si es música de mecánicos y vulcanizadores.

Sí hay una distancia que la entiendo; o sea, si me crían oyendo música clásica voy a tener una distancia con los requinteros, pero lo que no puedo tener es una sanción,

una marginalidad otorgada porque aquello no es de mi agrado. Aunque soy más bien pasillero, no puedo dejar de valorar lo que provoca, por ejemplo, «En vida», una canción de una potencia, de un vuelo, de un frenesí que te sacas del sombrero. Y claro, la Plaza de toros está llena de obreros, de comerciantes; ahí no encontrarás a un CEO, ellos no van a ir, pero ves una sinceridad, una autenticidad que no puede ser sancionada por el gusto, algo tan relativo. Yo soy un devoto del fútbol porque pasé casi toda mi infancia en la General Sur del Atahualpa con mi papi y un tío sacerdote, hincha del Nacional. Saltaba el Nacional y decía: «mira hijo, esta es nuestra arcilla»; y abajo estaban manabas, orenses, negros, serranos, había de todo, y ese era el Ecuador diverso.

Muchos intelectuales no han llegado a entender que el fútbol es un arte efímero. Dime si no hay arte en lo que hace Messi, en ciertas jugadas de Garrincha, de Ronaldo, de Neymar, que no se explica cómo ocurren y duran milésimas de segundo y cuando uno es generoso y entregado a pasiones tan edificantes como es la que te brinda el fútbol es muy lindo, te pone a soñar por noventa minutos con alargue y penales y puede ser que ellos, los intelectuales, no lo entendieron o no fueron tocados por el ángel del fútbol y, por lo tanto, no tienen la sensibilidad y capacidad de hallar una estética en un suceso efímero.

El mismo Bolívar Echeverría sostenía que toda sociedad produce formas específicas de habitar el mundo y de dotar de sentido a la existencia. Después de tantos años observando el fútbol ecuatoriano, ¿crees que existe una manera ecuatoriana de jugar, narrar o vivir el fútbol? ¿Qué nos revela sobre quiénes somos?

Creo que, ciertamente, el fútbol es un escenario donde toman forma muchas expresiones de nuestra idiosincrasia. Las rivalidades entre equipos como Barcelona y el extinto América de Quito, por ejemplo, resultaban especialmente interesantes porque escenificaban, de algún modo, las tensiones históricas entre la Costa y la Sierra. En esos partidos aparecían estereotipos, bromas, prejuicios y formas de rivalidad que reflejaban diferencias regionales muy arraigadas en el Ecuador. El estadio se convertía en un espacio donde esas identidades se confrontaban, se exageraban y también se representaban colectivamente.

Y, sin embargo, rara vez aquello pasaba a mayores. Había algún empujón, alguna discusión, y luego todo terminaba alrededor de una cerveza. Por eso creo que el fútbol sí constituye un lugar privilegiado para observar la identidad ecuatoriana: somos capaces de entusiasmos intensos y efímeros, pero también de volver con rapidez a cierta melancolía que parece acompañarnos siempre.

Siendo esto universal, yo sí creo que nos hace ver mucho también como sociedad. Tú puedes ver a las naciones siendo naciones en la grada. Costa de Marfil nos gana y enseguida pensamos que la razón fue que le pusieron una camisa del equipo al monumento de Rocky, es una locura pero nos revela como sociedad. Los japoneses son japoneses todo el tiempo, dejan barriendo las gradas, limpian sus asientos; a ellos no se les ocurriría pensar que la culpa fue del Rocky con camisa. Esas son nuestras coartadas porque todos son culpables menos nosotros. Son expresiones culturales muy arraigadas que nos hacen creer, eso de Rocky, o creer que un presidente nos va a salvar la vida, y que taita Dios nos va a dar pagando el teléfono. Somos una nación que encarga demasiado y eso también se ve en el fútbol.

Leí Enmanuel Neymar, el ariete de la selva *(2025), donde incursionas en la literatura infantil. Hace unos días te comentaba que me conmovió mucho porque, siendo un libro para niños, la historia no renuncia al drama ni a la dureza de ciertas experiencias humanas. Uno podría pensar que la literatura infantil debería proteger a sus lectores del sufrimiento. ¿Por qué decidiste contar esta historia desde ese registro? ¿Qué lugar crees que tienen la adversidad y la esperanza en la literatura dirigida a los niños?*

Qué buen partido estamos jugando. Esa misma pregunta me la han hecho algunas profesoras que han trabajado el libro con sus estudiantes. Me dicen: «Esteban, pero por momentos la historia es dura». Y yo les respondo que no soy partidario de seguir escribiendo cuentos infantiles poblados de elefantitos rosados que vuelan y esparcen perfume. Primero, porque esos elefantitos ya se están extinguiendo. Y segundo, porque ese perfume nunca cae sobre la gente del pueblo; cae sobre sectores muy específicos, con determinadas condiciones de consumo y acceso a oportunidades.

La idea de que el país es rosa, que la vida es rosa y que la infancia es necesariamente rosa nunca fue del todo cierta, pero hoy menos que nunca. Ese mundo de Alicia en el País de las Maravillas ya no existe. El mundo que les espera a muchos niños ecuatorianos es mucho más duro. Basta mirar lo que ocurre en lugares como Esmeraldas, donde niños de la edad de mi amada nieta Antonia –que hizo los dibujos que ilustran el libro cuando tenía ocho años– enfrentan realidades atravesadas por la pobreza, la violencia y la falta de horizontes. Muchos son captados tempranamente por poderes extremadamente violentos que los utilizan como carne de cañón o como recaderos de la muerte.

Entonces me pregunté qué podía ofrecerles. No soy poderoso ni rico, pero escribo. Escribo con amor, con ilusión y con la esperanza de que las palabras sirvan para algo. Por eso decidí crear un héroe. Quise construir un mundo narrativo donde los niños pudieran encontrarse con los problemas que enfrentarán apenas abandonen la escuela, porque hoy todo parece adelantarse. Antes las infancias duraban más; también la juventud parecía extenderse un poco más. Ahora todo ocurre con una velocidad vertiginosa y el tiempo para habitar la fantasía es mucho más breve.

Por eso la novela habla de precariedad, de violencia y de desigualdad, pero también de la manera en que se forjan los héroes que los niños admiran. Muchos darían cualquier cosa por una foto con Neymar, con Moisés Caicedo o con mi general Pachito. Son sus héroes. Yo quería contarles de dónde vienen esos héroes y qué dificultades tuvieron que atravesar para llegar hasta allí. Quería mostrarles, además, que existen otras formas de convivencia y de afecto, y al mismo tiempo dejar constancia de un país que sentimos cada vez más amenazado.

Porque también estamos perdiendo algo de ese país. Lo contaminamos, lo saqueamos, lo humillamos. Y a veces me pregunto qué Ecuador encontrarán estos niños cuando crezcan. Ojalá les quede todavía algo por lo que soñar. Ojalá les quede un campo de juego al que puedan salir con la misma ilusión con la que hoy saltan los chicos de la Selección.

Aunque esta conversación ha girado alrededor del fútbol, buena parte de tu trabajo se ha ocupado también de la música, la cultura popular, la memoria y las formas de vida de sectores que muchas veces permanecen fuera de los relatos oficiales. Mirando en perspectiva toda tu trayectoria, ¿qué preguntas son las que realmente te han acompañado como escritor y cronista?

Mira, mi manera de acercarme a los personajes siempre ha partido del reconocimiento. No necesariamente porque sean ídolos, sino porque son personas que lograron realizar su talento. Porque talento puede tener mucha gente; lo otro es el talante, la determinación y las agallas que le pongas a la vida. Nada sale bien de entrada.

Por eso siempre me pregunto qué puedo aprender de personas como Celia Cruz, Juan Gabriel, Willie Colón o Paco de Lucía. Más allá de su éxito, me interesa la forma en que construyeron una identidad y una manera de resistir. Recuerdo que Juan Gabriel hablaba de cómo la música norteña lo ayudaba a seguir siendo parte de Juárez y a soportar una realidad cada vez más dura. Paco de Lucía, por su parte, me decía que él pertenecía a la tercera generación de una familia de guitarristas que finalmente logró dar el salto al reconocimiento, pero que lo importante no

era el éxito en sí, sino la posibilidad de honrar una tradición. Cuando tocaban la guitarra, sentían que no iban a desaparecer.

Esa misma idea la escuché años después en otras personas: seguir siendo. Permanecer. No dejarse borrar. Eso es lo que encuentro en muchos de mis personajes. Con la sabiduría de Celia Cruz, Willie Colón, Henry Fiol o tantos otros, uno puede decantar una forma de conocimiento que tal vez le sirva a quien lee. Ojalá le sirva especialmente a alguien de barrio, para entender que sí se puede, pero que va a costar muchísimo. El camino suele ser cuesta arriba, la cancha está inclinada y los zapatos son viejos, si es que los tienes; de lo contrario, tocará jugar descalzo.

Y para quienes quieran seguir conversando contigo, Esteban, después de esta entrevista, ¿qué libros, discos o autores deberían frecuentar para comprender mejor el mundo que aparece en tus crónicas?

Algo así como preguntarme de dónde salí yo. Podría darte una lista interminable de referencias, pero en la música, por ejemplo, soy un enamorado de ese pasillo elaborado y trabajado con verdadera genialidad. Pienso en Huberto Santacruz, nuestro Duke Ellington. A Huberto lo vi tocar en una peña. Tenía sus problemas con el trago y sus propias batallas, pero cuando se sentaba al piano era un genio absoluto. Luego volvía a ser una persona común, alguien a quien había que ayudar a subir a un taxi para que regresara a casa. Me interesan mucho esas vidas atribuladas.

Mi gran ídolo ha sido Willie Colón; en los años setenta me dio un profundo sentido de pertenencia. Junto a Héctor Lavoe, Celia Cruz y todo lo que representó la Fania, forma parte de mi educación sentimental. También soy un devoto seguidor de Miles Davis y del piano de Duke Ellington. Y Paco de Lucía, cómo ni, con él llegamos a construir una relación muy cercana que recuerdo con enorme cariño.

En los libros, fue fundamental para mi formación el García Márquez periodista, el cronista. Sus textos marcaron profundamente mi manera de entender este oficio. En el cine sigo siendo muy fiel a los clásicos de mi generación como espectador: Robert De Niro, Al Pacino. Y, si me preguntas hoy, te diría que quisiera ser el maletero de Tarantino.

Pero más allá de los libros, la música o el cine, quisiera recomendar algo distinto: mirar a nuestro país con devoción. No es que el abuelo se haya puesto romántico; es que desde muy niño me enseñaron a sentirme profundamente criollo y profundamente orgulloso de esa criollez. Hoy nació mi nieto Amaru y pensaba precisamente en un ritual que ya hice con mis nietas: detenerse a contemplar el Pichincha o el Cotopaxi y elevar una oración, si así se quiere llamar, ante la magnificencia de esta tierra, con afecto, respeto y gratitud. Mirar al Ecuador de esa manera, con atención y devoción, quizá nos permita construir un país distinto. Tal vez así lleguen días en los que no aceptemos con tanta facilidad algunas de las cosas que hoy nos ocurren.

sport